EL PARAÍSO PERDIDO.

EL PARAÍSO PERDIDO.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

POR

CONSTANCIO FRANCO Vargas

1888

IMPRENTA DE VAPOR DE ZALAMEA HERMANOS.
Editor, Enrique Zalamea.

El autor dedica esta Comedia, en prueba de aprecio, á los Sres.
ISIDRO VARGAS V. y ADOLFO LEÓN GÓMEZ.

PERSONAL.

Don Lucas	Cincuenta y ocho años.
Don Luis	Cincuenta id.
Don Roque	Cincuenta y cuatro id.
Doña Adela	Cuarenta id.
Pablo	Veintidós id.
Laura	Veinticinco id.
María	Veinte id.
Un Abogado	Treinta id.

Trajes de la actualidad.

EL PARAÍSO PERDIDO.

ACTO PRIMERO.

El escenario representa el salón principal de la casa de habitación de Don Lucas, ricamente adornado.

ESCENA I.

LUCAS Y LUIS. *(Entrando por el fondo).*

LUIS. Sepamos, al fin, para qué me quieres.

LUCAS. Bien sabes que desde muy niños nos hemos querido y respetado.

LUIS. Como dos excelentes hermanos.

LUCAS. "Lucas, me dijo nuestro buen padre al morir, no ignoras que Luis, aunque dotado de buenos sentimientos, es un tanto tronera."

LUIS. Eh !......

LUCAS. Hombre, escucha. No quiero decirte que al presente seas un tarambana como tántos ; pues que, á la verdad, los años y el estudio te han hecho entrar en juicio.

LUIS. Dícese que la edad hace mudar á los hombres de conducta, como á las culebras de pellejo.

LUCAS. Quiero traer á tu memoria......

LUIS. De seguro que vas á llamarme la atención hacia un recuerdo, que me has hecho "setenta y siete veces siete veces."

LUCAS. Dígote que nuestro buen padre al dejar este mundo, llamado con gran propiedad "valle de lágrimas"......

LUIS. Te dió muy bellos consejos!

LUCAS. Y entre otros, el de que no hiciera nada que fuera trascendental en la vida sin consultarlo contigo; ni te dejara hacer nada sin darte previamente mis opiniones.

LUIS. Buen consejo. Cuatro ojos, ven más que dos; seis, más que cuatro; y ocho, más que seis.

LUCAS. Ya lo creo.

LUIS. Y qué es lo que quieres decirme?

LUCAS. Voy á aconsejarte......

LUIS. Dí pronto.

LUCAS. Tienes ya cincuenta años.

LUIS. Y meses. Lo que equivale á frisar en los cincuenta y uno

LUCAS. Quiero que tomes estado.

LUIS. Vuelves con lo mismo de siempre?

LUCAS. Sí. Deseo que te cases.

LUIS. Vaya un consejo peregrino, hermano mío!

LUCAS. Más tarde......

LUIS. Más tarde?

LUCAS. Cuando el frío de la edad haya acabado de ma-

tar todas las ilusiones de tu corazón, no habrá mujer que quiera ser tu esposa.

LUIS. En la feria del mundo, hermano, el valor de todo cuanto se desea, depende exclusivamente de su oferta y su demanda.

LUCAS. No entiendo.

LUIS. Me explicaré.

LUCAS. Hazlo con claridad.

LUIS. Según el censo de la población civilizada, hay en toda sociedad dos mujeres para cada hombre.

LUCAS. Sabes las razones de este desequilibrio ?

LUIS. Tres son según los estadistas : la primera, porque la procreación del varón es menos común en la especie que la de la hembra ; la segunda, porque siendo condición de nuestra naturaleza el vivir del odio que destruye, en vez de la paz y el amor que fecundan, las guerras diezman muy frecuentemente la población masculina ; y la tercera, porque estando más expuesto el hombre al imperio del vicio que la mujer, lógico es que la muerte haga mayor cosecha en aquél que en ésta.

LUCAS. Verdad.

LUIS. Ahora bien, como en el matrimonio el hecho común es que sea el hombre quien elige consorte y no la mujer, resulta que el maldito desequilibrio de que hablamos, da lugar á una conclusión bastante seria.

LUCAS. Cuál ?

LUIS. Que este derecho de elección de nuestra parte, no solamente pone á disposición de cada varón célibe dos damas, sino algunas más.

LUCAS. Cómo así?

LUIS. Bien claro está. Si para cada hombre hay dos mujeres, sin duda que para cada diez habrá veinte; para cada ciento, doscientas; para cada mil, dos mil, y así sucesivamente; y con tanto mayor razón, cuanto que el excedente de las no elegidas, queda á disposición del que quiera elegir.

LUCAS. A mi vez te digo: "Vaya una peregrina ocurrencia," señor sofista!

LUIS. Vé, pues, si teniendo tánto donde escoger, puede llegar el día en que no haya quien quiera tenerme por compañero.

LUCAS. Pues ese día está llegando. Un poco más de tiempo, y qué mujer que se estime querrá unir su suerte á la tuya?

LUIS. Habrá muchas.

LUCAS. Ligarse á tí, á un hombre desengañado, desilusionado, frío como la nieve?......

LUIS. Qué bien se conoce que olvidas lo que pasa en el mundo! No ves, con harta frecuencia, por desgracia, encantadoras jóvenes de quince, diez y ocho y veinte años, unirse á vejetes achacosos? No ves mujeres *cincuentonas*, casarse con muchachos que apenas empiezan á vivir?...... Desengáñate: hay en toda sociedad no pocas muje-

res, para quienes la palabra matrimonio es una palabra mágica.

LUCAS. Cierto que hay muchas que se casan por casarse!

LUIS. Y lo peor no es esto. Lo que lleva al alma profunda tristeza, es el ver que haya padres que se empeñen en salir de sus hijas entregándoselas al primero que tiene la audacia de solicitarlas, para contraer un enlace de infinitas consecuencias, no tan sólo para los contrayentes, sino para la sociedad entera.

LUCAS. Con que decididamente no piensas en casarte?

LUIS. A mi edad, no deja de ser temerario esto de echarse el santo dogal al cuello.

LUCAS. Hermano mío, el matrimonio, que constituye el paraíso del hombre en la tierra, es, sin disputa, una de las más sabias instituciones que el Señor dió á los hombres. Por medio de él se propaga de una manera regular la especie humana; procurando al mismo tiempo á cada individuo las delicias de una íntima é indisoluble amistad en el seno del hogar doméstico.

LUIS. A pesar de esto, hallo que el número de los enlaces desgraciados es bastante crecido; y juzgo que "de todas las instituciones humanas, la del matrimonio ha sido la que ha progresado menos; la que á pesar de su capital importancia en la suerte de la humanidad, ha sido mirada con más indiferencia por los hombres."

LUCAS. Qué ideas tan estrambóticas!

LUIS. En los tiempos actuales es necesario, para no ser tenido por insensato, creer en la bondad del matrimonio en general, con la misma fé con que se cree en la inmortalidad del alma! Esto de contraer tan serio y sagrado compromiso, se ha convertido en una manía á la que todo el mundo obedece sin reparar en nada!

ESCENA II.

LUCAS, LUIS Y ROQUE.

ROQUE. Amigos......

LUIS. (*Abrazándolo*). Roque Reyes!......

ROQUE. (*Con placer*). Luis querido!

LUIS. (*A Lucas*). Hé aquí otro solterón.

LUCAS. Otro pícaro redomado, diría yo.

ROQUE. De qué se trata?

LUCAS. Del matrimonio.

ROQUE. Desde el vientre de mi madre estoy oyendo hablar de esta peligrosa cuanto sublime invención!

LUIS. Que por buena que sea, ha hecho más gente desdichada que el tifo, la viruela y la guerra civil.

LUCAS. Tú no piensas en casarte, Roque?

ROQUE. Cómo que no pienso? Precisamente vengo á daros parte.

LUCAS. Verdad que tratas de entrar en el gremio de los juiciosos?

ROQUE. Aunque un poco avanzado en edad, y muy fuer-

te en achaques de malicia, resuelto estoy á coger costilla.

LUIS. Si no te burlas......

ROQUE. Hablo sériamente.

LUIS. Me supongo que habrás elegido por esposa una jamona de tu edad: regordota, encarnadota y bien conservada, eh?

ROQUE. He hecho una elección de príncipe.

LUIS. Has puesto los ojos en alguna viuda sin retoños: joven, bella, espiritual y recatada?

ROQUE. Nada de eso.

LUIS. En alguna vieja rica, á quien se puede heredar prontamente?

ROQUE. Tampoco.

LUCAS. Dí, pues, quién es tu futura?

ROQUE. María.

LUCAS. María!!!

LUIS. La primorosa María?

ROQUE. En cuerpo y alma.

LUCAS. Te chanceas.

LUIS. Eso no puede ser, Roque.

ROQUE. Por qué no puede ser?

LUIS. Porque, hombre, ese matrimonio es la cosa más extravagante y desproporcionada que se concibe. Tú puedes ser abuelo de esa niña.

ROQUE. Cierto.

LUIS. María no se casará contigo.

ROQUE. Por la diferencia de edades?

LUCAS. Precisamente.

ROQUE. Vaya! Al hombre que se ofrece en matrimonio, rara vez se le mira el colmillo.

LUIS. Qué tal, hermano?

LUCAS. No me admiro de que la inocencia, incauta é imprevisora, se suicide! Lo que me causa no poca sorpresa es, que los guardadores de ella la entreguen, tal vez sin prevenirla, á los azares de la suerte matrimonial!

LUIS. Convencido estoy de que el casamiento es para la mayoría de las mujeres una novedad, cuya fuerza de atracción es irresistible!

ROQUE. Amigos, tendré mis razones para casarme.

LUIS. Todo el mundo las tiene. Muchos son los motivos que arrastran á este vínculo, al que todos entran riendo y muy pocos dejan de vivir rabiando.

ROQUE. Me encanta tu charla, Luis. Puesto que tan observador eres, dínos los principales motivos del matrimonio.

LUCAS. Como padre de familia que soy, quiero instruírme también sobre el particular, más allá de lo que me ha enseñado la experiencia.

LUIS. Ya que deseáis oírme, hablaré. El matrimonio es para la mujer una necesidad impuesta por el amor, ó una propensión natural, á la cual cede, ó por falta de fortaleza para resistir, ó por novedad.

ROQUE. No hay duda, salvo casos excepcionales, á las mujeres sólo las decide la novedad ó el amor.

LUCAS. (*A Luis*). Y qué dices de los hombres?

LUIS. Unos se casan por fastidio de la soltería. Hay un día en que habiendo cruzado por el paraíso de las ilusiones que brinda el mundo social, y estragado el gusto por el demasiado placer gozado, aparece á sus ojos triste y árida la vida, é impulsados por un deseo egoísta, eligen una víctima que les ayude á matar las horas de fastidio que los consume; importándoles bien poco que la víctima elegida, agonice lentamente bajo el frío glacial de la indiferencia con que la tratan, ó á los golpes continuos de su mal humor.

LUCAS. Infames son quienes de tal modo proceden!

LUIS. Otros toman estado por locura. Espíritus superficiales y vacíos, que no piensan en nada, ni estiman su posición, ni tienen seriedad en sus compromisos; impulsados por un deseo, por una pasión de momento, se arrojan audaces en el mar tormentoso del matrimonio, sin derrotero ni rumbo alguno. Estos tunos que juegan inconscientemente su suerte y la ajena, naufragan bien pronto, dejando á la que eligieron por compañera para la travesía de la vida, en el abismo del profundo dolor irreparable, ó en el camino de la degradación.

ROQUE. Todos los días lamentamos catástrofes de esta naturaleza!

LUIS. Otros van al matrimonio por costumbre, á fin de imitar á todo el mundo, y sobre todo á sus ilustres antepasados.

ROQUE. Vaya unos tontos!

LUIS. Otros se unen por interés. Viéndose sin posición, quieren ponerse al amparo de quien la tiene; escasos de fortuna, desean vivir de los bienes ajenos y se venden; no teniendo quien les asista su casa, ni tolere sus impertinencias, buscan mujer que los mime, sufra y cuide; enfermos de continuo, solicitan una enfermera leal y resignada y la pagan dándola el título de esposos.

LUCAS. El casamiento por interés es el más común en la sociedad actual!

LUIS. Otros contraen himeneo por amor. Tienen una pasión ideal que los devora, inmensa é inextinguible, que no halla tranquilidad, ni dicha, sino con la posesión del sér amado, y se unen á él con una fé ciega en la felicidad del porvenir. En este caso, si la mujer ama también, la vida conyugal puede que sea un paraíso.

ROQUE. El matrimonio es casi siempre un juego de suerte y azar.

LUIS. Así parece, Roque. Sobre todo, los malos enlaces son consecuencia forzosa de las uniones extravagantes ó desproporcionadas.

LUCAS. Y cuáles son éstas?

LUIS. Estas son las que se efectúan entre personas muy jóvenes ó viejas; entre una mujer joven y un viejo; entre un viejo y una joven; entre gentes pobres y sin profesión ni oficio; ó que sean

viciosas; ó que tengan mal carácter y mala educación; ó quebrantada salud; ó depravadas costumbres; ó......

ROQUE. Punto en boca. De tus juicios deduzco que el matrimonio por amor es el único aceptable.

LUIS. Así lo creo; porque el amor que es un éxtasis; una llama viva y sagrada, da fortaleza á los esposos para llevar con resignación los sufrimientos concernientes á semejante estado.

ROQUE. Tal ha sido la razón por la cual yo no me resolví á casarme, hasta tanto que no prendió en mi corazón aquella llama devoradora.

LUCAS. Que tú te casas enamorado, Roque?

ROQUE. Por qué no?

LUIS. Porque eres ya muy viejo para sentir esta pasión. Cuida de que tu mujer......

ROQUE. La haré bien casada.

LUIS. A la mujer, cualquiera que sea su rango, no se la hace buena esposa si se prescinde de su virtud, sino inspirándola amor ó comprándola. Pasión ó placer, hé aquí los dos grandes móviles! Ahora bien: qué placeres puedes tú proporcionar á María, si careces de dinero para comprarlos? Y qué amor puedes inspirarla, si habiendo pasado ya los floridos años de tu primaveral existencia, estás marchito y frío para un corazón que apenas empieza á vivir, alborozado con las doradas ilusiones de la juventud?

ROQUE. Viejos fisiólogos y moralistas han pesado en sus

balanzas de diamante el matrimonio hasta por escrúpulos, y bien que se efectúe por novedad, por cansancio de la soltería, por locura, por costumbre, por interés ó por amor, jamás han hallado otra cosa al través de él que la realidad, esto es, que la mujer es la mujer:

LUIS. Un torrente caudaloso que la ciencia toda del hombre apenas puede dirigir.

ROQUE. Un sér que se encona con el fuerte, al mismo tiempo que estima la fortaleza.

LUIS. A quien el amor enloquece y rara vez cautiva.

ROQUE. Que estima el mérito á la par que lo desdeña.

LUIS. Que es inconstante en sus caprichos.

ROQUE. Que saca de su timidez resoluciones supremas.

LUIS. Que está siempre de pie en la frontera de los celos.

ROQUE. Que hace demostraciones de amar menos, á quien más apasionado se la rinde, y ama más á quien menos la quiere.

LUIS. Que tiene una estrategia singular para convertir la pequeñez en grandeza, y la grandeza en pequeñez.

ROGUE. Que lleva pendiente de una mirada, de un movimiento, de un monosílabo, la honra de su esposo y la tranquilidad del hogar.

LUCAS. Qué nació con vocación para mártir!

LUIS. Ja, ja, ja......

ROQUE. Ja, ja, ja......

LUCAS. Basta, tunantes!

LUIS. Déjanos terminar.

LUCAS. Bien. Si la mujer es todo lo que habéis dicho, el hombre qué es?

LUIS. De eso no se trata.

LUCAS. Sí se trata, puesto que se habla del matrimonio.

ROQUE. El hombre es el señor de la mujer y el rey de la naturaleza!

LUIS. Tan bueno y consecuente como marido, que suele gustar más del fruto del cercado ajeno que del propio.

LUCAS. Sea lo que fueren el hombre y la mujer, el casamiento es una necesidad individual y social, y puede ser considerado "política, civil y moralmente, esto es, como ley, como contrato y como institución."

LUIS. Ley, es la reproducción de la especie.

ROQUE. Contrato, es la trasmisión de la propiedad.

LUCAS. Institución, es una garantía cuyas obligaciones son de interés general.

LUIS. Bajo estos conceptos, el matrimonio es asunto digno del respeto particular y público.

LUCAS. Por lo demás, la felicidad conyugal es el resultado de una perfecta inteligencia entre los esposos; inteligencia que casi siempre depende del marido, pues que "la mujer es como una lira que no presta sus armoniosos acentos, sino al que sabe tañer bien sus cuerdas."

LUIS. Y en dónde está el artista que pueda pulsar con

tánta maestría aquella lira de mil cuerdas, que la arranque siempre dulces melodías ?

LUCAS. Ese artista es el esposo amante : educado, benévolo, consecuente é interesado de continuo en el cumplimiento de sus promesas y juramentos.

LUIS. En fin, esto es ya filosofar demasiado. Dejemos las cosas tales como la sociedad, la fatalidad ó la Providencia las han hecho. (*Despidiéndose*). Con que, hermano mío, convengamos en que para mí es ya una locura el matrimonio; y en cuanto á consejos, más que yo, los necesita mi sobrina y tengo de dárselos.

ROQUE. También me voy. (*Dando la mano á Lucas*). Hasta pronto.

LUCAS. Hasta luégo.

ESCENA III.

LUCAS.

Verdaderamente el matrimonio es asunto más serio y grave de lo que parece! De que el mío haya sido del escaso número de los predestinados, no quiere esto decir que todos gocen de la misma fortunada suerte. ¿ Cuántos no vemos estrellarse diariamente contra los arrecifes de la vida práctica, ya por la miseria, por los vicios, mal carácter ó censurable conducta del marido; ya por falta de paciencia, vanidad ó mala educa-

ción de la mujer? Y cuántos no hay en que los cónyuges, por llenar expedientes sociales, aparecen felices, pero para quienes la vida íntima es un infierno?

ESCENA IV.

LUCAS Y ADELA.

ADELA. Tolero el catarro, la jaqueca, los dolores reumáticos; pero novios, imposible!

LUCAS. Qué pasa?

ADELA. Qué de cuchicheos; qué de miradas tan lánguidas; qué de secretos; qué de visitas tan interminables; qué de actos de mala crianza!......

LUCAS. Los amantes jamás ven otra cosa que á ellos mismos; ocupándose continuamente de sí, lo único que saben hacer es amarse. Además, ahora se hace el amor, Adela, más francamente que en nuestros tiempos. Como las costumbres avanzan......

ADELA. Detestables hábitos aquellos que enseñan á perder el respeto á quien se debe, y á trocar la castidad en licencia! Cansada estoy de cuidar á Laura, y es preciso resolver cuanto antes su suerte.

LUCAS. Pienso seriamente en el porvenir de esa muchacha.

ADELA. Tres amantes se disputan su mano: César, Carlos y Pablo.

LUCAS. Dios permita que sea su corazón lo que quieren y no su dote.

ADELA. Acaso no es ella bastante educada, inteligente y encantadora, para inspirar una pasión seria?

LUCAS. Ya veo que es digna de ser amada, pero en los actuales tiempos......

ADELA. Comprendo: el interés está sobre todo.

LUCAS. Me gustaría más que Laura se decidiera por don Carlos. Al menos es un hombre ya formado, de posición y de buenas costumbres.

ADELA. No le tiene cariño.

LUCAS. Entonces preferiría á César. Es mozo de juicio, de buen carácter, y puede hacerse de él un hombre útil.

ADELA. Tampoco le quiere.

LUCAS. De manera que Pablo?......

ADELA. Es el de su predilección.

LUCAS. Por ser entre los tres el más joven y el único calavera? Hay que poner término á esas relaciones.

ADELA. Me parece difícil.

LUCAS. En dónde está la dificultad?

ADELA. Laura ama á ese joven, y parece que ya le ha dado su palabra.

LUCAS. Sin contar conmigo?

ADELA. Los padres de familia sólo tenemos obligaciones.

LUCAS. Yo haré respetar mis derechos. ¿ Cuento contigo, Adela?

ADELA. A qué viene tal pregunta?

LUCAS. Con esta pregunta quiero significarte, que es también uso y costumbre hoy día, el que las ma-

dres se enamoren de los amantes de sus hijas durante el noviazgo, más de lo que pueden estar éstas; y......

ADELA. No soy yo de esta clase de madres.

LUCAS. Perdona lo dicho. Con que en un todo de acuerdo conmigo?

ADELA. Sin vacilación.

LUCAS. Hay que abrir campaña desde hoy mismo. Una mujer puede mirar con indiferencia que el hombre á quien ama sea despreciable á los ojos de los demás, pero nunca perdona el hecho de que se la defraude en las esperanzas de su amor.

ADELA. El móvil de la mujer, son las pasiones del hombre!

LUCAS. Pablo no ama á Laura.

ADELA. Parece quererla mucho.

LUCAS. Fingimiento, y nada más que fingimiento. Ese joven está apasionado de María, y la vuelve la espalda porque es pobre, obligándola á casarse con un hombre á quien no quiere; que estos enlaces por despecho también están de moda.

ADELA. Laura ha sido sabedora de las relaciones entre Pablo y María, mas como ya han terminado......

LUCAS. Puede que ostensiblemente. ¿Cuándo vendrá el caballerito?

ADELA. Esta noche.

LUCAS. Bien. Le despediré por más truenos y rayos que haya. Vamos. (*Vanse*).

ESCENA V.

LUIS Y LAURA.

LUIS. (*Entrando por la puerta opuesta*). Sentémonos, querida y adorable sobrina, (*se sientan*) y conferenciemos como dos buenos amigos que saben comprenderse; que aprecian debidamente los acontecimientos; que no se hacen ilusiones respecto de la realidad de la vida; que saben que las afecciones del alma humana, así como las modificaciones de nuestro cuerpo, están en un flujo continuo; y que en vez de colocarse en la discusión en los puntos antípodas, parten de un lugar común.

LAURA. Está bien, tío.

LUIS. Con que muy enamorada?

LAURA. Qué de extraño tiene?

LUIS. Nada, porque la única religión de la mujer es el amor. Ser amada, es el objeto de todas sus acciones. Excitar deseos, el de todos sus gustos, por lo cual sólo piensa en los medios de brillar.

LAURA. (*Sardónicamente*). Nos conocéis bastante.

LUIS. Cómo no?... De qué me habría valido el haberos tratado por más de treinta años.

LAURA. Bien, dejemos vuestra sabiduría á un lado, y concretemos nuestra conferencia, hablando francamente como dos buenos amigos, que si no se comprenden al menos desean entenderse.

LUIS. Corriente.

LAURA. Creeis una necedad el amor que siento?

LUIS. Eh!... Todo lo contrario. Me gusta ver á la juventud en el ejercicio moral de esa poderosa facultad que se llama amor; pero como este sentimiento, por ideal que sea, siempre tiene quien lo haya creado y lo avive, es, respecto á vuestro amante, que páro mientes y discuto.

LAURA. Juzgáis á Pablo indigno de mi cariño?... Sí ó nó?

LUIS. No sé, querida sobrina, cómo una persona de vuestros talentos llegue á creer que es lógico exigir en discusiones como la presente, contestaciones de carácter absoluto á preguntas tan categóricas.

LAURA. Puesto que tánto os interesáis por mi suerte......

LUIS. Suponéos que os contestara que vuestro amante es digno del afecto que le profesáis; esto equivaldría á impulsaros en el camino que venís siguiendo, al través del cual no hallaréis sino uno de dos resultados: el matrimonio, que puede hacer vuestra eterna desdicha; ó el desengaño, que os hará sufrir cruelmente.

LAURA. Y por qué estas extremidades?

LUIS. Vaya, es preciso ser razonables! Creeis que una mujer puede jugar con su corazón impunemente?... Desgraciada de la que por inadvertencia, tontería, ó cualquiera otra causa, hace un mal casamiento, porque con ello compromete el re-

poso y la felicidad de toda su vida. Infeliz también de la que una vez es herida por el frío desengaño, porque al menos pierde la castidad del alma; lo que equivale á la muerte moral de ciertos buenos sentimientos que son tan necesarios á la mujer virgen, como el color y el perfume lo son á las flores.

LAURA. Tenéis, tío, un modo bastante original de entender las cosas!

LUIS. Si halagara vuestra pasión, de seguro que por inconvenientes y estúpidas que fueran mis reflexiones, las hallaríais muy puestas en razón; pero como hablo á la sobrina, á quien me he acostumbrado á considerar cual si fuese mi hija, me expreso con la sinceridad del cariño desinteresado; mejor dicho, interesado en contribuír á la dicha de la persona á quien tánto aprecio.

LAURA. Gracias.

LUIS. Supongamos, ahora, que os dijera que el joven Pablo es indigno de vuestro amor. De seguro que me juzgaríais un mentecato, y que en el acto contaríais á vuestro amante esta opinión mía.

LAURA. Tío, me creeis muy estúpida.

LUIS. Perdonad, adorable sobrina, que os hable con la franqueza que siempre me asiste. El hombre dice lo que sabe y le conviene; el sexo contrario, lo que siente y le agrada. Por otra parte, en punto á amores, creo que el común de las mujeres

llevan el talento en los talones.

LAURA. Jamás os había visto tan galante!

LUIS. Porque nunca habíamos tenido una conferencia más seria y de mayor trascendencia para vos. Pero...... no repiquemos tánto.

LAURA. Sí, vamos al asunto.

LUIS. Creeis imposible apagar el fuego que lleváis en el alma?

LAURA. Juzgo imposible dejar de amar á Pablo.

LUIS. Y él os ama?

LAURA. Me lo ha jurado.

LUIS. Creed que el amor no es ese sentimiento grosero que los hombres vulgares dan á sus instintos materiales; á sus brutales fantasías; á sus apetitos desenfrenados por adquirir fortuna; es algo más elevado, más puro, más casto; digno como el sentimiento más íntimo de una elevada conciencia; desinteresado hasta la abnegación; eterno y radiante como los resplandores del sol.

LAURA. Si supiérais cuánta ternura lleva en su corazón......

LUIS. El amor no se compone solamente de miradas ardientes y expresivas; de conversaciones dulces y tiernas; de caricias más ó menos inteligentes; de suspiros profundos, y de celosas susceptibilidades; tiene todavía algo más poético y conmovedor, y es esa concentración que hace de sí mismo, para dirigir todas sus potencias al solo

culto de un sér en quien se fija cierta inmensa adoración solemne y eterna.

LAURA. Con ese frenesí me ama Pablo.

LUIS. La pasión que por él tenéis, desgraciada por cierto, os hace ver las cosas del bello azul del cielo, y os mantiene fascinada. Sabed, sobrina, que la mujer que ama más de lo que es amada, tarde ó temprano se verá sometida á la tiranía de su amante, quien la perderá en breve el cariño que la tenga, porque para que el amor sea duradero entre dos almas, preciso es equilibrarlo.

LAURA. Ese equilibrio en el afecto existe entre él y yo.

LUIS. El mundo real, sobrina, tiene sus límites, el imaginario jamás los tiene !... No debéis tampoco perder de vista que el hombre se adhiere de un modo más ó menos permanente á las personas y á las cosas, según los deseos, trabajos y cuidados que le han costado conseguirlas.

LAURA. Tío, por qué decís que mi amor es degraciado?

LUIS. Porque lo habéis fijado en un hombre que no os comprende, y que no os puede comprender ; que no está á vuestra altura, y que ama más en vos la fortuna que la persona. En un joven, en fin, de malos hábitos ; que carece de juicio ; que juega al amor como los cómicos sobre las tablas, y que nada promete para el porvenir.

LAURA. Excusadme que os diga que le calumniais. Pablo es honrado y sincero en su cariño.

LUIS. Honrado ?..... Ofuscada estáis, sobrina! Sincero en sus afectos ?..... Hablad con vuestra amiga María, y ella os dirá si estáis ó no equivocada en este concepto.

LAURA. Conozco la historia entre Pablo y María. Pasión en ella y pasatiempo en él.

LUIS. Precisamente ese juego sostenido por tan largo tiempo, hasta engendrar en un corazón cándido una de esas pasiones voraces que hacen sombría la existencia de quien la siente, hace á ese mozo culpable ; y tan culpable que no merece perdón, y menos el amor de ninguna mujer que se estime; pues que si hasta el victimario no alcanza la venganza de la víctima, ni la reprobación de la sanción pública, al menos el sexo debe castigar las ofensas del que lo ultraja tan cruelmente en alguno de sus individuos. Así fueran los hombres menos crueles para con las mujeres, y las mujeres tendrían más garantías en la lealtad de los hombres.

LAURA. Esta conferencia terminará por enfadarme, tío. Estamos en los puntos antípodas y es mejor que hablemos de otra cosa.

LUIS. La sociedad, querida sobrina, es un bosque en donde todo el mundo se pasea armado con sus armas. El arma de éste, es su talento ; la de aquél,

su audacia; la del otro, su astucia; la del de más allá, su fortuna. Desgraciado del que no esgrime las armas que Dios le ha dado, para ver de defenderse contra las acechanzas del mundo, porque al fin y al cabo sucumbirá, bien inocentemente, bien dándose cuenta de lo que le pasa, por más que se empeñen en librarlo sus dioses lares. (*Se ponen de pie*).

ESCENA VI.

LUIS, LAURA Y PABLO.

PABLO. Señor don Luis .....

LUIS. Caballero......

PABLO. Adorada Laura......

LAURA. Pablo......

LUIS. (*Aparte*). El asunto está ya bastante adelantado!

LAURA. Cuánto gusto de veros. Sentáos.

PABLO. (*Sentándose*). El placer es todo para mí, que no concibo la vida sino á vuestro lado.

LUIS. (*Aparte*). Si para la mujer sin amor, todo hombre es siempre un hombre; para aquella que ama, no hay más hombre que su amante!

PABLO. Bella estáis, Laura.

LAURA. No tal. Fea y muy fea, como siempre.

PABLO. Jamás os habían contemplado tan espléndida mis ojos!

LUIS. (*Aparte*). Necio! (*Se pone á ver los objetos del salón*).

LAURA. Gracias mil.

PABLO. Concibo, ahora, cómo es que un hombre puede morir por una mujer.

LAURA. Y yo también comprendo por qué una mujer puede enloquecer por un hombre.

LUIS. (*Aparte*). Bravo amor!...

PABLO. Un desdén vuestro me mataría.

LAURA. Por qué temerlo?

PABLO. Son tan caprichosas las mujeres cuando se ven adoradas......

LUIS. (*Aparte*). Bellaco!

LAURA. Más amamos, mientras más se nos ama.

PABLO. Si así fuera, culto me rendiríais, Laura.

LUIS. (*Aparte*). Audaz es el mozalbete!

ESCENA VII.

LUIS, LAURA, PABLO, LUCAS Y ADELA.

LAURA. (*A Pablo, paso*). Papá y mamá.

PABLO. Señor don Lucas......

LUCAS. (*Con seriedad*). Señor......

PABLO. Señora Adela......

ADELA. (*Con seriedad*). Señor......

PABLO. (*Aparte*). El uno, señor!... La otra, señor!... No va bien la danza!

LUIS. (*A Lucas*). Tienes una hija que es un Potosí.

LUCAS. Ya lo creo.

LUIS. Y vas á hacerte á un yerno que vale cien veces más de lo que pesa.

LAURA. Tío, cuándo dejaréis de ser brusco ?

LUIS. Sobrina, " natural y figura hasta la sepultura."

ADELA. (*A Luis*). Con que un yerno ?...

LUIS. Así parece.

LUCAS. Vive Dios que lo ignoraba !

LUIS. No es extraño. En cuestión de amores es el padre de familia el último que suele saber lo que pasa en su hogar. Así, cuando llega á sus oídos el final de algún lance de esta naturaleza, no le queda otro recurso que el ponerle el sello de la ejecutoria.

LUCAS. Y quién va á ser mi yerno ?

LAURA. (*Aparte*). Vaya un tío indigesto !

LUIS. (*Señalando á Pablo*). El caballero.

LUCAS. Te equivocas, hermano. El señor se casará dentro de muy poco con la señorita María.

PABLO. (*A Lucas*). Ya que se presenta la oportunidad, excusadme que os diga que amo inmensamente á vuestra hija.

LUCAS. Cómo...... Y María ?

PABLO. Esas relaciones han terminado.

LUIS. Y por qué ?

PABLO. Por...... Es un secreto que á mí sólo corresponde.

LAURA. Y que á mí nada más pudiera interesar.

LUCAS. (*Seriamente*). Hija...... !

LAURA. Debo á mi vez hablaros con franqueza, padre mío, correspondo al amor de Pablo.

LUIS (*Aparte*). Cómo se engañan las mujeres! Él es quien trata de corresponder, y ella quien ama!

LUCAS. Laura, ese cariño que apenas empieza á echar raíces en vuestro corazón, es imposible. Ayer, mada más, este joven, postrado á los piés de María, la halagaba con tiernas frases de afecto, y en sus trasportes de amor, la hacía juramentos de eterna fidelidad.

PABLO. Señor, yo no vengo á ofrecer á la señorita Laura mi pasado, vengo á entregarla mi porvenir.

LUIS. (*A Pablo*). El porvenir es en cada cual la copia auténtica de su pasado, firmada por el carácter y sellada por el destino!

LUCAS. (*A Pablo*). Ese porvenir......

LUIS. (*Aparte*). Que fluctúa entre negras sombras......

LUCAS. Es el mismo que ofrecísteis á la pobre María. ¿No la jurásteis por el sagrado de vuestro honor, hacerla vuestra esposa?

PABLO. Verdad, pero excepcionales acontecimientos y circunstancias......

LUCAS. Ella que es toda bondad y virtud, apasionada como estaba de vos, no ha podido cometeros falta ni ofensa, que os obligara á abandonarla, dejándola sumergida en el infortunio, víctima del más

cruel de los desengaños, y de su amor propio ultrajado.

ADELA. Infeliz María!

LUCAS. Volved á su lado, caballero; pedidla perdón, y cumplidla la palabra empeñada.

PABLO. Os repito, señor, que mis relaciones con aquella joven han terminado.

LUIS. Sabed que quien engaña á una mujer inocente, es un gran culpable. El asesino de un alma que agoniza lentamente entre opuestos sentimientos de odio, de venganza y de despecho.

PABLO. (*Con altanería*). Repito que mi pasado á mí sólo corresponde; motivo por el cual no creo que haya derecho en nadie para arrojármelo á la cara, cualquiera que haya sido.

LUCAS. ¿Con que pretendéis á mi hija que es un pedazo de mi corazón, y no queréis que averigüe quién habéis sido, quién sois, y para dónde vais? ¿Me juzgáis uno de esos tántos padres que entregan sus hijas al primero que las solicita, bien sea negro ó blanco, noble ó plebeyo, bueno ó malo? Caballero, estáis equivocado.

PABLO. Don Lucas......

LUCAS. Todo está terminado entre mi Laura y vos.

PABLO. (*Tratando de irse*). Está bien, señor.

LAURA. (*Abrazando á Lucas*). Padre mío, le amo.

LUCAS. Ese amor es insensato.

ADELA. (*Abrazando á Laura*). Hija, el porvenir....

LUCAS. (*A Laura*). El que busca la felicidad sin saber dónde existe, se expone á huir de ella.

PABLO. (*Aparte*). Contando con su amor, los pondré á todos á mis órdenes. (*Vase*).

LUIS. En vez de casaros mal, sobrina, mejor es que os entreguéis á la devoción, á los gatos, á los loros, á los perritos, ó á tantas otras manías que no perjudican á la sociedad, ni ofenden á Dios, ni son del agrado del Diablo.

LAURA. (*Molesta*). Tio, sois más cáustico que un cáustico!

LUIS. Muy bien, sobrina. (*A Lucas*). Hermano, mírese el matrimonio por donde se quiera, siempre se encontrará que él es una novedad para los solteros, que no alcanzan á sondear las profundidades de semejante vínculo; y un semillero de enredos para un sinnúmero de casados, que no aciertan á saldar jamás la *Cuenta de pérdidas y ganancias!*

Cae el telón.

ACTO SEGUNDO.

El mismo escenario que para el anterior.

ESCENA I.

LUIS Y ROQUE.

ROQUE. Y bien, decididamente cuál es tu opinión ?

LUIS. Te quiere María ?

RÓQUE. Así parece.

LUIS. La has dado palabra de matrimonio ?

ROQUE. (*Señalando la mano derecha*). Hasta argollado estoy.

LUIS. Entonces......

ROQUE. Entonces, qué ?

LUIS. Aunque te duela el dedo......

ROQUE. Hombre !

LUIS. Qué quieres que te diga ?..... Crees amar á una mujer ; ella te corresponde según lo juzgas ; la has ofrecido tu mano, pues cerrar los ojos y al otro mundo !

ROQUE. Es que aún vacilo.

LUIS. Vacilaciones después de un compromiso definitivo ?..... Roque, este modo de divertirse con las mujeres es indigno en una persona de juicio.

ROQUE. No se juega con ellas de la misma manera todos los días ?

LUIS. Es verdad, pero semejante proceder, causa de muchas desgracias, no pueden admitirse en un caballero que da trazas de estimarse.

ROQUE. Y si se presentan obstáculos?

LUIS. Napoleón dijo que debía borrarse del Diccionario la palabra " imposible."

ROQUE. No siempre se puede lo que se quiere.

LUIS. Veamos qué dificultades se oponen al logro de tus esperanzas?

ROQUE. Una y muy grave.

LUIS. Cuál?

ROQUE. Que estoy limpio como el ojo de un gallo.

LUIS. Limpio tú como el ojo de un gallo, y limpia tu novia como una patena, hacéis un enlace que nada dejará que desear á la beneficencia, pues que dos pobres unidos hacen un mendigo de solemnidad!

ROQUE. Ya ves que no me es posible cumplir la palabra dada.

LUIS. Y para qué la empeñaste?

ROQUE. En un momento de entusiasmo......

LUIS. Se te fueron los cascos, y caíste en la manía del matrimonio.

ROQUE. Cómo salir del paso?

LUIS. Eso es cosa resuelta. Diste tu palabra, pues adelante con ella, aun cuando el negro Gehenna tome parte en el asunto, y te convierta el paraíso hallado en " *Paraíso perdido.*"

ROQUE. Eres tan noble......

LUIS. Ahora bien, como soy tu viejo amigo, y veo que te hallas en difícil situación pecuniaria, cuenta con mil duros.

ROQUE. Para el matrimonio?

LUIS. Para el matrimonio.

ROQUE. Y después?

LUIS. Después trabajarás para mantenerte; mantener á tu mujer y á tus hijos si los hubiere, y llenar las demás obligaciones del hogar.

ROQUE. No es cosa fácil.

LUIS. Qué pobre se fija hoy en esto? Empero, si la misericordia de Dios te abandona, ocurre al petardo; y cuando éste te cierre sus puertas, siempre encontrarás una inscripción en la piadosa Sociedad de San Vicente de Paúl. La caridad es una buena madre, que está recomendada de pagar todos los disparates de las gentes!

ROQUE. Oh, el cuadro es aterrador!

LUIS. Y real. No es esta la historia de muchos enlaces entre gentes pobres y de posición?

ROQUE. Me conmueves!

LUIS. Roque, opino que eres un héroe digno de ser cantado como los de la Ilíada. Echarse en el mar tormentoso del matrimonio á merced de la Divina Providencia, es un acto de valor que siempre me ha llamado la atención.

ROQUE. No es para menos.

LUIS. Declaro que los que tal hacen, ó son tan insensibles como una piedra, ó están locos, ó tienen gran confianza en sus propias fuerzas !

ROQUE. De manera que sólo á los ricos les es permitido casarse ?

LUIS. Moralmente hablando, juzgo que no deben contraer enlace tan definitivo y serio compromiso, sino aquellos que tienen la conciencia de poder cumplir las obligaciones que apareja el contrato matrimonial.

ROQUE. Eso por qué ?

LUIS. Porque el matrimonio, por ley natural, tiene por solución la familia, y creo no tan sólo una temeridad, sino también un crimen, esto de dar séres á la vida, cuyo porvenir no esté á cubierto de la miseria.

ROQUE. Por fortuna la mujer pobre ayuda á su marido á llevar con resignación la pesada carga que se impone.

LUIS. Hay un sentimiento que domina á la mujer, que es el de la vanidad ; así, ninguna que pertenezca á la alta sociedad, quiere aparecer menos que las demás á quienes cree sus rivales ; y bajo este concepto es muy común que, cuando una pobre se casa, lo haga creyendo variar de condición, lo que la hace más exigente.

ROQUE Hombre, en lugar de animarme me hielas !

LUIS. En una ocasión en que me dijiste que pensabas

en casarte, lo tomé á chanza, que si hubiera creído que hablabas de serio, te habría contestado con todo el entusiasmo de la sinceridad: "Roque, querido Roque, no hagas tal, continúa tu vida de soltero honrado, que ella, al menos, ni te da afanes, ni sinsabores, ni perjudica á nadie; pero habiendo ofrecido ya tu mano, tan solo puedo decirte: cásate, Roque, cumple lo prometido, no engañes á una joven, á la verdad de mérito, que ningún mal te ha hecho.

ROQUE. De manera que debo llevar adelante mi compromiso?

LUIS. Y para ello cuenta con mi bolsa.

ROQUE. Hasta dónde me han conducido el amor, la imprevisión, y la falta de un estudio detenido del matrimonio!

LUIS. Tu amor, Roque? Perdona que te diga, por segunda vez, que me río de él. Los hombres de nuestra edad tomamos por amor lo que no es otra cosa que ciertas momentáneas fantasías que nos impulsan á la realización de determinados deseos.

ROQUE. Eres un espíritu raro!

LUIS. Acostumbro ver las cosas tales como son, pues que siempre he gustado de meditar sobre los móviles de las acciones humanas.

ROQUE. Y quién quita que no te equivoques en esta vez en tus apreciaciones?

LUIS. Ya !... En cuanto á tu imprevisión, confieso que es grande, siempre que tienes la audacia de casarte con una mujer que puede ser tu nieta, y á quien por consiguiente, el frío de tu edad no podrá comunicar calor á su corazón.

ROQUE. La mujer es cera amoldable, y estúpido fuera si no hiciera de la que va á ser mía, lo que me dé la gana.

LUIS. Quiéralo el cielo ! Ahora, por lo que respecta á que no hayas estudiado el matrimonio detenidamente, esta razón que es baladí, no te puede servir de disculpa si haces un hogar desgraciado, porque es tan cierto como que dos y tres son cinco, que el hombre, haya ó nó sido casado, después de los treinta años debe considerarse como viudo.

ROQUE. Qué excepticismo !

LUIS. Por supuesto que no desconozco que la natura leza, con el mero hecho de elevarnos por la inte ligencia sobre el nivel de las bestias, " ha puesto en nosotros la aptitud de experimentar sensaciones y sentimientos, necesidades [illegible] nes, y que esta doble naturaleza produce en el hombre, cualquiera que sea su edad, el animal y el amante."

ROQUE. En fin, no hablemos más, que llevas el desencanto á mi alma. Siempre me casaré, y para ello cuento con tu fina amistad.

en casarte, lo tomé á chanza, que si hubiera creído que hablabas de serio, te habría contestado con todo el entusiasmo de la sinceridad: " Roque, querido Roque, no hagas tal, continúa tu vida de soltero honrado, que ella, al menos, ni te da afanes, ni sinsabores, ni perjudica á nadie; pero habiendo ofrecido ya tu mano, tan solo puedo decirte: cásate, Roque, cumple lo prometido, no engañes á una joven, á la verdad de mérito, que ningún mal te ha hecho.

ROQUE. De manera que debo llevar adelante mi compromiso?

LUIS. Y para ello cuenta con mi bolsa.

ROQUE. Hasta dónde me han conducido el amor, la imprevisión, y la falta de un estudio detenido del matrimonio!

LUIS. Tu amor, Roque? Perdona que te diga, por segunda vez, que me río de él. Los hombres de nuestra edad tomamos por amor lo que no es otra cosa que ciertas momentáneas fantasías que nos impulsan á la realización de determinados deseos.

ROQUE. Eres un espíritu raro!

LUIS. Acostumbro ver las cosas tales como son, pues que siempre he gustado de meditar sobre los móviles de las acciones humanas.

ROQUE. Y quién quita que no te equivoques en esta vez en tus apreciaciones?

LUIS. Ya !... En cuanto á tu imprevisión, confieso que es grande, siempre que tienes la audacia de casarte con una mujer que puede ser tu nieta, y á quien por consiguiente, el frío de tu edad no podrá comunicar calor á su corazón.

ROQUE. La mujer es cera amoldable, y estúpido fuera si no hiciera de la que va á ser mía, lo que me dé la gana.

LUIS. Quiéralo el cielo! Ahora, por lo que respecta á que no hayas estudiado el matrimonio detenidamente, esta razón que es baladí, no te puede servir de disculpa si haces un hogar desgraciado, porque es tan cierto como que dos y tres son cinco, que el hombre, haya ó nó sido casado, después de los treinta años debe considerarse como viudo.

ROQUE. Qué excepticismo!

LUIS. Por supuesto que no desconozco que la naturaleza, con el mero hecho de elevarnos por la inteligencia sobre el nivel de las bestias, "ha puesto en nosotros la aptitud de experimentar sensaciones y sentimientos, necesidades [illegible] nes, y que esta doble naturaleza produce en el hombre, cualquiera que sea su edad, el animal y el amante."

ROQUE. En fin, no hablemos más, que llevas el desencanto á mi alma. Siempre me casaré, y para ello cuento con tu fina amistad.

LUIS. De seguro. Por lo demás, nunca eches en olvido que la mujer casada es en la sociedad moderna un esclavo, á quien hay que dulcificar su servidumbre, colocándola sobre un trono aun cuando sea de barro.

ROQUE. Quieres ser el padrino de mi boda?

LUIS. Si me lo exiges, no hay inconveniente, á pesar de que no gusto de apadrinar duelos, ni de asistir á entierros.

ROQUE. (*Yéndose*). Vaya un sujeto original!

ESCENA II.

LUIS.

Pobre Roque, qué compromiso tan solemne ha contraído!..Hacer un matrimonio feliz no es poca empresa! Verdad es que la mujer y el hombre fueron formados el uno para el otro, pero no es menos cierto que no es igual su mutua dependencia, pues que el hombre pertenece á la mujer por su amor y sus necesidades, y la mujer al hombre, por sus deseos y sus caprichos. (*Pau-* [illegible] -licha del marido depende del precio que ponga á los méritos de su esposa; del caso que haga de sus gracias y sus virtudes, y así es la verdad; pero quién será el afortunado mortal que pueda lisonjearse con razón de comprender á la mujer?......

ESCENA III.

LUIS Y ADELA.

ADELA. Luis......

LUIS. Cómo vamos, querida cuñada?

ADELA. Hace días me asiste un humor satánico.

LUIS. Cuándo es que las mujeres no están dadas al Diablo?

ADELA. Siempre, desde luégo que tengamos un tormento que nos persiga día y noche.

LUIS. Y bien, qué ocurre?

ADELA. Esa niña......

LUIS. Ta, ta, ta !......

ADELA. Nos está dando mucho que hacer y que sentir.

LUIS. No es extraño. Las mozas casaderas están en una edad crítica insoportable.

ADELA. Pues á Laura......

LUIS. Qué?

ADELA. La ha dado por no comer.

LUIS. Por eso no hay cuidado. Apenas se asome á su tocador y vea que se la descoloran las mejillas por la abstinencia, tornará á los placeres de la gastronomía.

ADELA. Vive en un suspirar eterno.

LUIS. Abundancia de resuello.

ADELA. Le disgusta la sociedad.

LUIS. Tanto mejor. A las damas que están en la edad de los sentimientos y de las pasiones, las

conviene frecuentar lo menos posible la sociedad, en donde esas pasiones y sentimientos se avivan.

ADELA. Lo que quiso ayer no lo quiere hoy.

LUIS. La imaginación de la mujer, si bien es sensible, dulce y apasionada, no por esto deja de ser inconstante.

ADELA. Llora de continuo.

LUIS. No importa. El llanto es un arma de que el sexo femenino se ha valido de toda eternidad para sacar partido.

ADELA. De franca que era se ha vuelto hipócrita.

LUIS. Maquinará algún enredo.

ADELA. Su trato es altivo y brusco.

LUIS. Eso significa que está en vía de producir alguna explosión.

ADELA. Esos malditos amores......

LUIS. Hé aquí la explicación de todo. Mucho ojo, Adela, mucho ojo.

ADELA. Por qué?

LUIS. Porque Laura está próxima á una calaverada.

ADELA. Su educación la pro' ibe todo lo que no sea juicioso.

Aunque el amor verdadero sea el más casto de los sentimientos, á toda mujer apasionada le falta una gran dosis de juicio.

ADELA. Cuando se tiene cierta posición......

LUIS. Ante el arrebato de las pasiones, todas las con-

diciones sociales tienden á nivelarse, por razón á ser una misma la edición del corazón humano, el cual, ante la impetuosidad de sus borrascas, no suele reconocer otra ley que sus deseos.

ADELA. Veo que no conocéis á la mujer educada.

LUIS. A fondo no conozco, ni creo que nadie conozca á ninguna; "porque para conocer á la mujer, sér tan maravilloso como enigmático, sería preciso vivir su misma vida."

ADELA. Entonces por qué juzgáis ?......

LUIS. Dejémonos de reflexiones que á nada conducen, y volvamos á mi sobrina.

ADELA. Convenido.

LUIS. Suele salir al balcón ?

ADELA. A menudo.

LUIS. Esto quiere decir que su amante pasa por el frente de la calle continuamente.

ADELA. No le he visto.

LUIS. Eso en nada contradice mi afirmación.

ADELA. Pues......

LUIS. Gusta Laura de encerrarse en su cuarto horas enteras ?

ADELA. Con frecue......

LUIS. Tenemos cartas de por medio, cuñada.

ADELA. Si tal cosa hiciera !......

LUIS. Comprometería su buena reputación y aun su porvenir, porque todo billete amoroso que una mujer escribe, es una letra de cambio que gira

sobre su tranquilidad y su honor.

ADELA. (*Aparte*). Oh, sesos de chorlito!

ESCENA IV.

LUIS, ADELA Y LUCAS.

LUCAS. (*A Luis*). "Nuestro buen padre al morir"......

LUIS. Hombre de Dios, deja ese sonsonete.

LUCAS. Me aconsejó que no hiciera nada de trascendencia sin consultarlo contigo.

LUIS. E invocas la memoria de nuestro excelente progenitor?...

LUCAS. A fin de que tus consejos sean tanto más sinceros.

LUIS. Qué quieres que te diga?

LUCAS. (*A Adela*). Le has contado?

ADELA. Estaba en ello.

LUCAS. (*A Luis*). Pues Laura......

LUIS. Estoy enterado. Poniendo oído sordo á la voz de la autoridad paterna, continúa en brazos de Cupido, elucubrando el modo de dar cima á sus propósitos.

ADELA. Así es.

LUIS. Querido hermano, cuando hay moros en la costa, y se tiene una fortaleza que defender......

LUCAS. Qué?

LUIS. O se entrega, ó se ataca al enemigo prontamente y con brío.

LUCAS. Y cuál de estos dos medios juzgas que debo emplear en las presentes difíciles circunstancias ?

LUIS. Seguro estoy de que "nuestro buen padre al morir," no te dijo que me pidieras consejos que me pusieran en semejante predicamento.

LUCAS. Puesto que el caso es grave......

ADELA. Gravísimo.

LUCAS. Necesito de tu opinión.

LUIS. Entre ver á una hija mía mal casada y muerta...

LUCAS. Qué preferirías ?

LUIS. (*Llevándose las manos á la cabeza*). Qué caso tan difícil de resolver !... No preferiría ninguna de las dos cosas.

LUCAS. La razón ?

LUIS. Porque mi amor paterno sería muy grande; como quiero que lo sea en todos los padres, en bien de la felicidad del matrimonio.

LUCAS. Entonces, qué debe hacerse ?

LUIS. Entregar de buenas á primeras la fortaleza á sabiendas de que se hace mal, es un reato de conciencia. Atacar teniendo un enemigo poderoso fuera de las trincheras y otro dentro......

LUCAS. Más poderoso aún, empeñado en dar el santo y seña.......

ADELA. Curiosa es la situación !

LUIS. (*Después de un rato*). Vaya una idea feliz !

LUCAS. Tú tienes para todo !

ADELA. Veamos la feliz idea.

LUIS. En Lucía como en todas las mujeres de cierta edad, en quienes la voz de la naturaleza habla demasiadio alto á la inteligencia, hay dos sentimientos á cual más exigentes que se disputan su tencia entera.

LUCAS. Qué sentimientos?

LUIS. El uno, el amor; que es la primera de las pasiones, siempre que las halaga á todas á un tiempo.

LUCAS. Y el otro?

LUIS. El otro, la novedad ó instinto del matrimonio.

ADELA. Estos dos sentimientos son uno mismo. Qué mujer se casa sin estar enamorada?

LUIS. (*A Adela, con burla*). Cándida é inocente oriatura!......

ADELA. Si se tratara de los hombres......

LUIS. Se casan sin amor?

ADELA. Casi todos.

LUIS. Cada cual para su santo, cuñada.

LUCAS. (*A Adela*). A mí me llevó al matrimonio el amor.

ADELA. Cuando se afirma algo que no agrade, se exceptúa siempre á los presentes.

LUCAS. Esa es una sátira injusta.

LUIS. Pero digna de Molière, hermano.

LUCAS. Sepamos á dónde vas á parar con tu teoría de los sentimientos.

LUIS. Laura no ama por amar.

ADELA. Por qué no?

LUIS. Porque por milagro se encuentra una mujer como la Eloísa de Abelardo, que sea así de tonta. Además, es ley natural que todo el que quiere, aspire á entrar en posesión de aquello que quiere.

LUCAS. Nada más racional.

LUIS. Mi sobrina ama y desea casarse.

LUCAS. Tal vez.

LUIS. Pues bien, es necesario que se case y ame.

LUCAS. Hermano mío, jamás te había oído razonar con tanta tontería!

LUIS. Explícate.

LUCAS. El amor que ciega, quita el conocimiento.

LUIS. Pech !...... Me declaro vencido. Verdaderamente el amor es lo que hay en el corazón humano de más exigente é imperioso. Puesto que Laura ama, que se cumpla su destino!

LUCAS. Es decir que debemos consentir en su matrimonio?

LUIS. Y qué otra cosa se puede hacer si ella insiste? Qué padre cuerdo permite en su casa la representación de un drama como el de Julieta y Romeo, ú Otelo y Desdémona?

ADELA. Pobre hija mía!

LUIS. Hermano, nos queda un último recurso.

LUCAS. A todo estoy resuelto por ver de evitar que mi hija se sacrifique.

LUIS. Tentemos su vanidad.

LUCAS. Cómo así?

LUIS. Sin valernos de la autoridad que nos da nuestra posición respecto de ella, hablémosla como amigos, exaltando su orgullo é invocando sus respetos por las paternas opiniones.

LUCAS. Adela, que venga Laura.

ADELA. (*Yéndose*). Que Dios os ilumine y llevéis el convencimiento á su espíritu. (*Váse*).

ESCENA V.

LUIS Y LUCAS.

LUIS. Nada de reconvenciones.

LUCAS. Tendré la calma que exige la gravedad del asunto.

LUIS. No hay que echar en olvido que el amor oprimido estalla con mayor fuerza, y que una mujer amante á quien se contraría, entrando por el camino de la hipocresía, encuentra siempre aliados y servidores que jamás puede poner á su servicio quien se opone á sus miras.

LUCAS. No pasaban así las cosas en no muy lejanos tiempos, en que la familia, y sobre todo las hijas, estaban en un todo sujetas á la autoridad de sus padres.

LUIS. Porque, por lo general, eran educadas en el hogar, y no salían á la vida social, que tántas asechanzas tiene contra la inocencia, sino des-

pués de formado el corazón bajo la regla de los más austeros principios morales y religiosos.

LUCAS. Hoy la educación doméstica es á los ojos de la sociedad demasiado incipiente.

LUIS. Es porque al presente, poco gusta la mujer tímida y recatada. Se la quiere audaz, vanidosa y pagada de sí misma; por esto apenas nace se la introduce en la vida de los salones, en donde á poco, por la naturaleza de las cosas, "ciertos simulacros de dicha, ciertos tanteos de voluptuosidad, y ciertas discusiones por lo bajo, sobre la importante cuestión del amor y de los amantes, llevan la coquetería á su corazón, y llenan su cabeza de inconvenientes pensamientos."

LUCAS. Agréguese á esto que la mujer tiene á los quince años los escudriñadores ojos de Argos, y......

ESCENA VI.

LUCAS, LUIS Y LAURA.

LAURA. Me necesitábais, padre?

LUCAS. Sí, hija mía.

LAURA. Aquí me tenéis.

LUCAS. Agradezco la obediencia.

LUIS. Sobrina......

LAURA. Tío.......

LUIS. Quiero que reanudemos delante de vuestro pa-

dre, cierta conferencia empezada en una ocasión y no terminada.

LAURA. (*Con indiferencia*). Está bien.

LUCAS. Y deseo que hablemos con entera libertad y franqueza, interesados todos tres en un mismo sentido, y resueltos á llevar á nuestro ánimo el convencimiento, por encima de toda consideración personal.

LAURA. Os prometo, padre mío, que daré rienda suelta á mi pensamiento, en cuanto sea posible.

LUIS. Expresáos con entera sinceridad, como si discutiérais con dos de vuestras más queridas amigas de la infancia.

LAURA. Tío, "la sociedad es un bosque en donde cada cual anda armado con las armas que Dios le ha dado, y pobre del que no hace uso de los elementos que tiene para defenderse, porque saldrá mal librado, por más que se empeñen en salvarlo sus dioses lares."

LUIS. Me alegro, sobrina, de que hayais aprendido bien esta lección mía, porque esto quiere decir que en adelante esgrimiréis las armas con que contáis, no contra los que tratan de salvaros y que tenéis por adversarios, sino contra vuestros enemigos declarados.

LAURA. Y cuáles son estos enemigos?

LUCAS. Esos enemigos son: vuestro corazón y vuestro indomable carácter.

LAURA. Mi corazón ?...... Tengo yo acaso la culpa de sus gustos, de sus inclinaciones y de su manera de ser ?...... Mi carácter ?...... Indomable porque es leal y franco y obedece á la ley que lo anima ?... Preciso es ofuscarse demasiado para creer que una tiene por enemigos sus propios sentimientos, cuando estos sentimientos, puros y nobles en sus manifestaciones, no se separan de la senda de la virtud.

LUIS. (*Aparte*). Esto va á ser como las erupciones de los volcanes!

LUCAS. Os repito que tenéis por enemigo vuestro propio corazón, que os empeña en un amor loco y obstinado, que puede conduciros á la desgracia.

LAURA. Padre, os irrespeto si dando de mano á la ruín hipocresía, me atrevo á hablaros con toda sinceridad ?

LUCAS. Y por qué me habíais de irrespetar por esto ? Precisamente deseo que habléis, como yo lo haré, sin ambajes, ni reticencias de ninguna especie.

LAURA. Por qué decís que mi amor es loco ? Opinais que á las mujeres no nos es dado amar sin cometer un desatino ?

LUCAS. Oh, el amor es una ley natural á que todos los séres sensibles obedecemos !... Es el sol que calienta y vivifica las almas !... Lo que hay en nosotros de más noble, sublime y espléndido ! Y yo apruebo y aplaudo en cada cual este sentimiento,

siempre que el sér amado sea digno de la adoración que se le profese.

LUIS. Bien.

LUCAS. Sois joven, hija mía; habéis recibido una educación esmerada; tenéis claro talento......

LAURA. (*Sardónicamente*). "En los talones, donde según la opinión de mi tío, llevamos las mujeres esta facultad."

LUIS. Por lo que respecta al amor, sobrina.

LUCAS. Contais, Laura, con una fortuna envidiable; pues que una dote de más de ochenta mil pesos......

LUIS. Dote que acrecerá con mis bienes; no teniendo como no tengo quien me herede......

LAURA. (*Sardónicamente*). Gracias.

LUIS. Hacen un capital más que confortable.

LUCAS. Gozáis de una posición envidiable, y en vez de valeros de las ventajas anotadas, que atraen á vuestro lado un número considerable de admiradores, hombres de fama, de probidad, de juicio y de porvenir, fijais vuestro cariño en un sér diminuto......

LUIS. Sin más títulos que un gusto refinado por las modas; ni más merecimientos que la audacia.

LUCAS. Digno de ser vuestro lacayo.

LAURA. Acabásteis, padre mío?

LUCAS. Aún no.

LAURA. (*Afectando calma*). Continuad, pues.

LUCAS. Un sentimiento, muy natural, de vanidad y or-

gullo, imprime en nuestra alma el vehemente deseo de ascender, esto es, de elevarnos cada vez más allá del lugar á donde la suerte ó las artificiales combinaciones sociales nos han colocado; y vos en lugar de dar libre curso al amor propio que nos obliga á subir, lo comprimís y humillais desatinadamente, y descendéis de vuestra posición, sin reparar en que esto perjudica vuestro porvenir.

LUIS. Habéis dado, sobrina, la dirección de vuestra conducta á un amor insensato, "sin considerar siquiera que entre dos séres susceptibles de amar, la duración de la pasión en el hombre está en razón directa de la resistencia primitiva de la mujer."

LUCAS. Y bajo tan tristes auspicios queréis ir á parar á un matrimonio, bajo todos conceptos desigual, sin tener presente que una mujer por más perspicaz que sea, aun cuando trate de ser Lucrecia, forrada de madama Stäel, jamás podrá librarse de los caprichos de su señor feudal, del tirano de su albedrío.

LUIS. Cayendo así en una esclavitud perpetua, tanto más abominable, cuanto que, á la larga, el tiempo que se encarga de enseñarnos la fría realidad, os hará comprender, sobrina, que el amor no se sostiene sino cuando es inspirado por un sér, por su categoría moral, digno de ser amado.

LAURA. Qué equivocado estáis !

LUIS. Equivocado ?... Tal vez. Encargáos de confirmar el adagio que dice: "A la mujer, contra el mundo."

LAURA. Tío, un hombre como vos, que no cree en nada, ó más bien, que cree demasiado en la deslealtad, debilidad y perversión humanas, carece de autoridad moral para las serias reflexiones.

LUCAS. (*Serio*). Esa falta de respeto, Laura ?

LUIS. (*A Lucas*). No me molesta esta franca opinión de mi adorable sobrina. (*A Laura*). Como parece decidido que el desenlace de vuestro amor será el matrimonio......

LAURA. De que sois capital enemigo......

LUIS. Soy enemigo, en nombre de la moral, de la religión, de la sociedad y de la familia, de los malos enlaces; de los buenos nó, porque nada hay más digno de admiración y de envidia, como el espectáculo de un matrimonio donde reina la paz, el orden doméstico, y la lealtad y consideraciones recíprocas, sólo por el amor, las buenas costumbres y la educación de los esposos.

LAURA. Corriente. Terminad lo que íbais á decirme.

LUIS. Os digo que debiendo terminar vuestro amor en el matrimonio, no pasará mucho tiempo sin que la unión entre vos y Pablo pierda su equilibrio, y empiece cada cual á fundar su predominio sobre el otro. "Entonces, á la dulce tranquili-

dad, se sucederán los gestos astutos; las miradas, unas veces frías y otras de doble llama; las palabras entrecortadas, ofensivas y misteriosas; las reticencias diplomáticas; los desdenes inesperados; las quejas; las ......"

LAURA. (*Con burla*). Habláis con la convicción de un profeta!

LUIS. Cuando lo que os digo suceda: Oh divina comedia sin público, representada de corazón á corazón, en la que cada cónyuge creerá hallar el éxito, felicitándose, no por su capacidad de amante, sino por su capacidad de actor!

LAURA. Ya que tenéis un talento de doble vista, podéis decirme, tío, de parte de cuál de los dos lidiadores quedará el campo?

LUIS. El éxito no parece dudoso.

LUCAS. Triunfará el hombre, hija mía. El matrimonio conforme á las leyes y costumbres actuales, consagra la esclavitud de la mujer, puesto que la obliga á guardar á su marido una sumisión absoluta. Así, si éste es libertino, tiene que tolerarle en silencio su libertinaje; si es gastador, tiene que ver con indiferencia la ruina de su fortuna; si es infiel, tiene que llorar en oculto este agravio á su dignidad y á su amor; y con tanto mayor razón, cuanto que la sociedad no acostumbra fijar su atención en las faltas de los maridos, por grandes que sean, pues que ella

tan sólo se preocupa de la conducta de las esposas, á quienes exige una virtud tan sublime y resignada, que toque los límites de la santidad.

LAURA. Creeis, tío, justa esta especie de tiranía del sexo fuerte sobre el débil?

LUIS. Justa ó nó, ella es un hecho consagrado por las preocupaciones.

LAURA. Y vos estáis por el derecho del hombre sobre la mujer?

LUIS. Yo no estoy por el derecho del hombre contra la mujer, ni por el derecho de la mujer contra el hombre; estoy por el derecho humano. De aquí el motivo por el cual me parece una injusticia en el hombre, el hecho de constituír á su mujer en propiedad individual, contra un expreso precepto del matrimonio, que le da señora y nó esclava.

LAURA. Queréis saber, tío, mi opinión sobre el matrimonio?

LUIS. Con gran placer.

LAURA. El matrimonio es un acto de fé, que pertenece á la religión y á la libertad, y que no puede tener otro consejero que la conciencia. La religión lo apoya, lo santifica y lo consuela; la libertad lo permite, y la conciencia lo consagra.

LUCAS. (*Admirado*). De dónde habéis sacado semejantes ideas?

LAURA. Esas ideas son el dictado de mi corazón, y en

cuánto se trate de disponer de mi suerte, me someteré á ellas.

LUIS. De manera que los consejos de la experiencia ?...

LAURA. Bajo este punto de vista......

LUCAS. Os son inútiles ?

LAURA. Señor......

LUCAS. Oh, hija rebelde !

LAURA. Rebelde porque no contradigo mis esperanzas y mato los sentimientos de mi alma ?...... Está en mí, acaso, sobreponerme al amor que me avasalla ?...... Y qué es lo que me aconseja la experiencia para que olvide este cariño tan grande que me mantiene día y noche en perpetua contemplación de un sér, si para los demás indigno, para mí inmenso é inefable ?

LUCAS. (*Aparte*). Verdaderamente su amor es grande !

LAURA. La experiencia, que quiere el matrimonio por conveniencia, me dice: "Puesto que amas, preciso es que renuncies al sér amado, y que te unas á aquel en quien tu felicidad puede encontrar más garantías. No te cases por amor, cásate para amar, que aun cuando no ames, eso poco importa, con tal de que te resignes á la esclavitud impuesta. Haz vida común con un esposo tal vez aborrecido, y finge hipócritamente tiernas miradas que no tienen tus ojos; dulces palabras que no están en tus labios; caricias que no sientes; y arrebatos de pasión que te repug-

nan"...... Qué divina comedia, tío! Comedia sin público, que tendrá de protagonista á una débil mujer, á quien el amor no satisfecho y contrariado, la estará gritando perpetuamente al oído la palabra *traición!*

LUIS. (*Aparte*). Hé aquí una dama *emperrada*, como dice el vulgo!

LAURA. Prestando atención á la voz paterna, muchas veces he pensado que es forzoso olvidar al hombre que me cautiva; y á fin de ver si puedo dejarle de amar, me lo represento tonto, vicioso, ridículo, necio, incapaz de comprenderme, é indigno de una mujer de mi posición y de mi fortuna; empero, mientras más pequeño me represento á Pablo, más mi amor crece; y sus defectos se tornan en virtudes, y su humildad en grandeza! Entonces veo que "no puedo librarme del tirano de mi albedrío," y me dejo llevar por el destino, que es superior á mis fuerzas!!

LUCAS. Luchad, hija mía, que la lucha tenaz os hará fuerte contra vuestro corazón.

LAURA. No está en mí apagar la llama que me devora.

LUCAS. Si al menos ese hombre estuviera á vuestra altura......

LAURA. La diversidad de fortuna y estado se confunden en el matrimonio.

LUIS. Si un hombre puede dar su posición á una mu-

jer; jamás una mujer puede elevar hasta ella á un hombre que le es inferior.

LAURA. Suponiendo que así sea, tío, qué me importa á mí la modesta ú ostentosa posición una vez casada?... Acaso el matrimonio vive para el mundo?... No es un estado mucho más tranquilo y feliz, mientras más lejos esté del bullicio de la sociedad?... Vaya, sed razonables. Dejad á la mujer que obre con libertad, siquiera sea en el acto más solemne de su vida. No la querais encadenar á un poste fatal contra sus convicciones, su ternura y sus sentimientos, que si no es dichosa con el hombre de su elección, al menos le quede el recuerdo de los días de ventura que la ofreció el amor.

LUCAS. Creeis que no estais engañada respecto de la pasión que sentís?

LAURA. Amo con todo lo que una mujer lleva de más sincero en el fondo de su corazón.

LUIS. *(Aparte)*. Este matrimonio y el del amigo don Roquito, van á dar á la sociedad sus buenos ratos!

LAURA. Me dais vuestra bendición, padre mío?

LUCAS. (*Enternecido*). Yo?... Yo?... Yo?... (*Aparte*). Qué conflicto!

LAURA. Vos qué decis, tío?

LUIS. Repito, sobrina, que en lo tocante al amor, "muy frecuentemente llevan las mujeres el talento en los talones."

(*Cae el telón*).

ACTO TERCERO.

El mismo escenario que para el anterior.

ESCENA I.

ROQUE Y PABLO.

ROQUE. Las mujeres poseen mejor que el hombre el arte de manejar los dos sentimientos de que se arman contra nosotros: el amor que es toda su vida, y los celos de que se valen para gobernarnos.

PABLO. Con que es celosa María?

ROQUE. Como una Débora.

PABLO. Así es Laura. Pero á fé que esto nada tiene de extraño. No haciendo sino poco más de un año que nos hemos casado, estamos aún en la *Luna de miel*, y en este período del matrimonio, la mujer quiere que su marido sea todo para ella, desde su primera mirada de cada día, hasta su último pensamiento de cada noche.

ROQUE. Pobres mujeres, es tan reducido el círculo de su felicidad; son tan pocas sus aspiraciones de dicha, que hacen bien en pensar en el monopolio exclusivo de sus esposos.

PABLO. Pasen los celos, los requiebros, los mimos y los excesivos cuidados, mientras el amor vuela con

alas doradas al rededor del lecho conyugal; pero luégo, de dónde sacar paciencia para tolerar caricias que por viejas ya no halagan, ni conmueven? Qué fastidio es ver todos los días la misma cosa! Sobre todo, tolero á una suegra sencilla y si se quiere mal educada, que á una erudita que me trate de imponer la ley, convirtiéndose en árbitro de mi conducta.

ROQUE. Ese carácter versátil que te domina, es presagio de grandes sufrimientos, tanto para ti como para tu esposa.

PABLO. Para mí?... Yo sé manejar la vida como un hábil cirujano su escalpelo. En cuanto á Laura, la probrecita es un ángel bendito de Dios! Cada vez se me muestra más rendida. De tal manera me ama, que podría llevarla á la cima de una montaña, y echarla á rodar sin que exhalara la más leve queja.

ROQUE. (*Aparte*). Hé aquí la suerte de los calaveras!

PABLO. Ingrato sería si negara que tengo la esposa más excelente que imaginarse puede. Todas sus esperanzas, desvelos y felicidad, tienen por única causa dos séres: su marido y su hijo. Véanos ella sanos y dichosos, y no tiene rival su ventura.

ROQUE. Pues debes cultivar con extremada solicitud su afecto, ya porque es un deber amar á quien nos ama, y ya porque si continúas en la licenciosa

vida que llevas, puedes ser arrojado del paraíso en que vives.

PABLO. Vas á ver que la naturaleza me ha dado bastante talento artístico, no solamente para representar papeles serios, sino también para lo cómico.

ROQUE. Toda farsa sucumbe al fin ante el imperio de la realidad. A la mujer se la puede fingir ternura y entretener por algún tiempo, pero no por siempre. Hay en sus celos una especie de penetración misteriosa, que la sirve para sondear las profundidades de nuestro corazón, y averiguar la lealtad de nuestros sentimientos, intenciones y procederes.

PABLO. Hombre, qué idea tan equivocada tienes de las hijas de Eva. La más perspicaz de todas, no alcanza á mirar más allá de lo que ve un ganso.

ROQUE. El tiempo te hará comprender lo contrario.

PABLO. Ante el arte de fingir, la astucia de las mujeres vale tanto como los ladridos de los perros á la Luna.

ROQUE. Jamás se finge tan bien, que puedan confundirse la ficción y la verdad. La mentira sale siempre á la cara como el vicio.

PABLO. Roque, qué poco conoces el mundo! La hipocresía es ley de la existencia humana. El hombre pasa la mitad de su vida fingiendo, y la otra mitad ensayando el modo de fingir mejor. Me verás trabajar!...

ROQUE. Con que estando aún en la *Luna de miel*, piensas en trocar tu papel de amante por el de actor?

PABLO. Estoy entrando en la *Luna de hiel*, y me preparo para el porvenir. El matrimonio es drama y comedia á un tiempo. Drama dentro del hogar, comedia fuera de él. Los actores ríen ó lloran según el interés de la escena, grave ó chistoso. Los espectadores, que están en el seno de la sociedad, que son la sociedad misma, ríen con júbilo y aplauden siempre, bien que los desenlaces de la representación sean tristes ó jocosos.

ROQUE. Jamás llegué á figurarme que hicieras de tu matrimonio un drama!

PABLO. Drama en que figurarán en primer término cinco personajes: mi suegro, que será ni más ni menos como el cándido del rey Lear, quien pagará los gastos de escena y de tramoya; su hermano Luis, que hará de consejero, sereno y tranquilo como una pitonisa sobre su trípode; mi suegra, que representará á Satanás; mi mujer, que ya altiva, ya digna, ya rabiosa, ya acongojada, según los contrastes y giros de la representación, no sabrá al fin qué partido tomar en los desenlaces; y yo, que haré unas veces de galancete......

ROQUE. Como siempre.

PABLO. Otras, de Tartufo.

ROQUE. (*Aplaudiendo*). Bravo !...... Empiezo á aplaudirte!

PABLO. (*Viendo entrar á Adela*). Mi suegra! Vamos á dar principio á la función.

ROQUE. (*Aparte*). Y que haya mujeres de mérito que amen y se casen con tunos de esta calaña!!

ESCENA II.

PABLO, ROQUE Y ADELA.

ADELA. Pablo......

PABLO. (*Abrazándola*). Querida prenda mía.

ADELA. El niño está resfriado.

PABLO. (*Fingiendo*). Resfriado?..... Qué calamidad! (*Aparte*). Esta es la segunda serie de las delicias del matrimonio!... Resfriado hoy el niño, mañana con *sum*, pasado mañana con dientes, en seguida con sarampión, luégo con...... (*A Adela*). Resfriado de gravedad?

ROQUE. (*Aparte*). Como su padre.

PABLO. Amada y nunca bien pensada suegra, hé aquí á Roque. (*A Roque*). Hé aquí á mi ángel tutelar.

ROQUE. Señora Adela......

ADELLA Don Roque......

ROQUE. Cómo está Lucas?

ADELA. Bien. Y María?

ROQUE. Sin novedad.

PABLO. (*A Adela*). Con que resfriado el niño?

ADELA. Desde anoche. Como no gustáis de verle......

PABLO. Que no gusto de ver á ese pedacito de mi corazón?

ADELA. Hasta hoy no le habéis hecho la primer caricia.

PABLO. Ya, ya! Es que si le alzo, me parece que se me ha de quebrar entre las manos. Pero le amo con frenesí; tanto como á su madre y como á vos. Oh, si á una esposa se la quiere, á un niño se le adora, y á una suegra se la idolatra!

ADELA. Meloso.

PABLO. Soy todo sinceridad. Una suegra es una segunda madre, y cuando es tan buena, fina y complaciente como la que á mí me ha tocado, bien merece que se la quiera y considere.

ADELA. Cuando estáis delante de gente extraña......

PABLO. Acompañado ó nó, soy siempre el mismo. Solo que por mi carácter......

ADELA. Por lo regular frío y desdeñoso.

PABLO. Desdeñoso y frío yo?...... Precisamente los amigos me reprenden á menudo por lo demasiado amable y complaciente que soy.

ADELA. Los hombres son unos en la calle y otros en el hogar.

PABLO. Natural. No es lo mismo estar entre las personas que constituyen las vivas y puras afecciones, que entre aquellas que no nos interesan ó nos interesan poco.

ADELA. Razón para que seamos un poco más amables con la familia, que con los extraños.

PABLO. (*Aparte*). Una suegra es un embolismo indescifrable!

ADELA. (*Aparte*), Qué ganga es un yerno como éste !

PABLO. Con que más ternura deseais de mí para los míos ?...... Sería insoportable, empalagoso. No es verdad, Roque ?

ROQUE. Quien se ocupa tanto de sí, mal puede pensar en los demás.

ADELA. Laura sabe mejor que nadie hasta dónde llega vuestra amabilidad.

PABLO. Laura ?...... Al partir del día en que la ví, ejerció tal fascinación sobre mis sentidos, que perdí en breve el imperio de mí mismo ; perteneciéndola á poco en cuerpo y alma, como la pertenezco y perteneceré siempre.

ADELA. En fin, sólo venía á preveniros que el niño.......

PABLO. Sí, está indispuesto. Iré á verle.

ADELA. Más oportuno fuera llamar un médico.

PABLO. (*Con imperio*). Que vaya pronto uno de los sirvientes.

ADELA. Sois un loco, yerno.

PABLO. Y vos lo sois más, suegra, porque llevais muchos más años de enfermedad.

ADELA. (*Yéndose*). Este hombre no es para nosotros más que el delegado de la desgracia, llamado fatalidad !

PABLO. (*Viéndola salir*). Paciencia, y barajar.

ESCENA III.

ROQUE Y PABLO.

ROQUE. Voto á bríos, con tu genio!

PABLO. Qué tal?

ROQUE. No trabajas mal. Pero ante todo, es preciso ir á ver al angelito.

PABLO. Para todo hay tiempo. De seguro que su indisposición es pura alharaca de mi suegra, é histérico en mi esposa.

ROQUE. Pablo, estás unido á una dama de no poco mérito moral, y tienes unos suegros más buenos y nobles de carácter que lo sospechas; preciso es que seas consecuente, tierno y amante decidido de tu esposa; respetuoso y deferente con sus padres.

PABLO. Amante decidido de Laura? (*Aparte*). Acaso ella es María?

ROQUE. De pobre que eras, te hiciste rico al través de una bendición nupcial; librándote así de impertinentes acreedores que comprometían tu reposo y......

PABLO. No continúes, Roque.

ROQUE. La amistad me impone el deber......

PABLO. De ser prudente y callar. Acaso eres mi tutor, ó te estoy pidiendo consejos que, por otra parte, me tienen hasta más arriba de la corona?

ROQUE. Si se rehusa mi afecto......

PABLO. Cuando en el drama de mi hogar quiera que tomes parte, te señalaré el papel que debas representar. Por ahora, confórmate con presenciar la escena confundido entre los espectadores, en la inteligencia de que te dejo en completa libertad para reír, palmotear, derramar lágrimas.......

ROQUE. O rabiar, si eres injusto.

PABLO. Convenido. Por ahora salgamos. (*Viendo su muestra*). Tengo una cita y no debo faltar á ella.

ROQUE. Y el niño?

PABLO. Aprensiones, aprensiones.

ROQUE. (*Aparte*). Qué indolencia! (*Vánse*).

ESCENA IV.

LUCAS.

Se ha marchado!...... Como tenga dinero para sus locos placeres, lo demás poco le importa!..... Indiferente á mis indicaciones, debieran al menos interesarle las lágrimas, súplicas y tristezas de Laura; esa alma sublime y resignada que tiene para el sufrimiento el heroísmo de una santa! Pobre víctima, colocada por los impetuosos arranques de un ciego amor, en el sombrío altar de la expiación!......

ESCENA V.

LUCAS Y LUIS.

LUIS. Nada tenemos que pedir á la suerte.

LUCAS. Qué pasa?

LUIS. Tu *honorable* yerno, es una joya de inestimable precio; todos los días da á luz nuevos méritos, que le hacen más digno de estimación.

LUCAS. Sabes......?

LUIS. Cosas de gravedad.

LUCAS. Todavía multiplica más sus faltas el insensato?

LUIS. ¿Qué calavera, á no ser que Dios le envíe el arrepentimiento, varía de conducta?

LUCAS. Yo creí que no era más que un botarate indolente.

LUIS. Personifica la maldad.

LUCAS. Cómo?......

LUIS. Sospecho......

LUCAS. Qué sospechas?

LUIS. Que piensa en el más grande de los crímenes!

LUCAS. Oh!!

LUIS. Fingiendo á Roque una amistad leal y desinteresada, pretende arrebatarle el honor de María.

LUCAS. Lo sabes de positivo?

LUIS. Tengo pruebas de ello. Ayer la decía casi delante de mí: "Creedme, mi amor es grande, os lo juro."

LUCAS. Y ella lo acepta?

LUIS. Aun no lo sé, pero habré de averiguarlo.

LUCAS. Y Roque?

LUIS. Sin sospechar nada, ve rodar el mundo á sus piés con la impasibilidad de un autómata.

LUCAS. (*Con indignación*). Parece increíble !...... Pretender arrebatarle la esposa al esposo !...... Llevar la prostitución y la infamia al ajeno hogar !.. Semejante proceder es inaudito ! Tanto más inaudito, cuanto que el deseo, si llega á convertirse en realidad, constituye un crimen de carácter irreparable; porque, quién devuelve al marido burlado la paz del alma?...... Y quién á la mujer infiel la virtud perdida?

LUIS. Increíble parece lo que pasa !

LUCAS. Luis, cuando un hombre de bien sabe que se va á perpetrar un delito, tiene el deber de estorbarlo.

LUIS. Ya lo creo.

LUCAS. Además, nuestra amistad con Roque viene de la infancia.

LUIS. Así es.

LUCAS. Doble motivo para que tratemos de ponerlo á cubierto del lazo que se le tiende.

LUIS. El paso es delicado.

LUCAS. No obstante, tenemos la obligación de prevenir al amigo.

LUIS. Y acaso él creerá que su mujer sea capaz de faltarle? Probable es que al manifestarle nuestra

sospecha, crea que calumniamos el honor de María.

LUCAS. Qué debemos hacer entonces?

LUIS. Vigilar, y estar alerta para proceder cuando las circunstancias lo exijan.

ESCENA VI.

LUCAS, LUIS Y UN ABOGADO.

ABOGADO. Don Lucas Montero?

LUCAS. A vuestras órdenes.

ABOGADO. Siento tener que importunaros.

LUCAS. De qué se trata?

ABOGADO. Si no hubiera dado de antemano todos los pasos concernientes, de seguro que no vendría......

LUCAS. Os pregunto de qué se trata?

ABOGADO. Hay personas á quienes cuesta no poco trabajo cumplir sus compromisos.

LUCAS. Qué decís?

ABOGADO. Aunque pudientes, se rehusan á pagar sus deudas.

LUCAS. Habláis en griego, caballero.

ABOGADO. No me refiero á vos, señor.

LUCAS. Por esto es por lo que no os comprendo.

ABOGADO. Es el caso......

LUCAS. Sí.

ABOGADO. Que don Pablo......

LUCAS. Qué Pablo?

ABOGADO. Vuestro yerno.

LUCAS. Acabad.

LUIS. (*Aparte*). Otra tenemos !

ABOGADO. No quiere cubrir un crédito de plazo cumplido.

LUIS. (*Aparte*). Qué *ficha !*

LUCAS. Me parece inverosímil !

ABOGADO. (*Enseñándole un documento*). Pongo en vuestras manos el testimonio de mi afirmación.

LUCAS. (*Después de haber leido*). Cinco mil pesos !...... Y qué tengo yo que ver en este asunto ?

ABOGADO. Señor, la casa que ha confiado sus fondos á don Pablo, lo ha hecho en el convencimiento de que trabajaba bajo vuestra dirección, y amparado con vuestro crédito y fortuna.

LUCAS. Ese joven negocia por su cuenta y riesgo.

ABOGADO. Pues entonces......

LUCAS. Entonces ?......

ABOGADO. Ocurriré á la justicia, como apoderado que soy de la casa prestamista. (*Despidiéndose*). Señores...... (*Váse*).

LUCAS. Pasarlo bien.

LUIS. El caso es grave !

LUCAS. Pobre Laura. (*Yendo á la puerta).* Señor abogado...... Caballero. (*Volviendo al fondo*). Cómo nos compromete y arruina ese hombre !

ABOGADO. (*A Lucas*). A vuestras órdenes.

LUCAS. Suspended todo procedimiento.

ABOGADO. Bajo qué garantía ?

LUCAS. Los cinco mil pesos serán cubiertos dentro de tres horas.

ABOGADO. Por vos?

LUCAS. Por Pablo.

ABOGADO. Ni su palabra, ni su firma tienen valor alguno.

LUCAS. Cubriré yo la deuda.

ABOGADO. Vos tenéis para ello el plazo que queráis.

LUCAS. Tres horas.

ABOGADO. Convenido. (*Hace venia y se retira*).

ESCENA VII.

LUCAS Y LUIS.

LUIS. Estás convencido, hermano, que entre las grandes desgracias ninguna supera á la de un mal matrimonio?

LUCAS. Pobre de Laura!

LUIS. Y pobre de su hijo, que se avergonzará mañana de haber tenido semejante padre!

LUCAS. (*Aparte*). Desdichada hija de mi alma que, á semejanza de los ángeles rebeldes, tiene su "*Paraíso perdido!!*"

ESCENA VIII.

LUIS, LUCAS Y PABLO.

PABLO. Cuánto me alegro de encontraros.

LUIS. (*Bajo á Lucas*). Calma. Contra Rodín, Rodín.

LUCAS. (*Fingiendo cariño*). Querido yerno.......

PABLO. Papá......

LUIS. Pablito......

PABLO. Don Luis...... (*Aparte*). Qué tiernos! Me huele á mal semejante desusado cariño! Aquí el papel de Tartufo, representado por Talma! (*A ellos*). Traigo á Laura un precioso obsequio.

LUCAS. Sois tan fino......

PABLO. (*Enseñando un estuche*). Mirad.

LUIS. (*Viendo*). Un lindo solitario.

LUCAS. Su valor?

PABLO. Mil pesos.

LUCAS. Se conoce que marchan muy bien vuestros negocios.

PABLO. Viento en popa.

LUCAS. A cuánto ascienden ya los veinte mil pesos que os dí, para que trabajárais en el comercio?

PABLO. A cerca de treinta mil, según los resultados de mi último Balance.

LUIS. Eso respecto del *Activo*, y el *Pasivo*?

PABLO. No tengo deudas.

LUCAS. Absolutamente?

PABLO. Ni por un ochavo.

LUIS. Me permito daros un consejo.

PABLO. Siempre os atiendo con gran placer. Son tan sabias vuestras indicaciones......

LUIS. Las personas que empiezan á trabajar, no deben estancar su capital en objetos sin utilidad. Qué va á hacer Laura con el anillo que le obse-

quiáis ? Ella está concretada á las funciones domésticas; no asiste á los teatros, ni á bailes, ni á paseos, ni gusta siquiera de ¡visitar. De manera que los mil pesos, valor de la joya, salen de la circulación sin utilidad alguna, y pasan á ser improductivos.

PABLO. Pero si soy esclavo del trabajo, por qué privarme de festejar á la adorada y dulce compañera de mi vida ? No hacen estos pequeños placeres la felicidad del hogar y de la existencia ?

LUIS. (*Aparte*). Admirable farsante !

LUCAS. Pues bien, querido hijo, que la fortuna, compañera inseparable del juicio, la inteligencia y la probidad, os acompañe siempre.

PABLO. Confianza en Dios......

LUIS. (*Aparte*). En quien jamás ha creído......

PABLO. No me dejará de sonreír la suerte.

LUCAS. Y bien, Luis, con que esa señora á quien juzgábamos tan virtuosa, está en vía de ser infiel ?

LUIS. Tal vez sí. Tal vez nó. Sólo sé que el hombre que la persigue es pertinaz, y muy ducho en conquistas amorosas.

PABLO. (*A Luis).* De qué se trata ?

LUIS. Se trata de una de esas escenas que por su gravedad llenan de escándalo é indignación.

PABLO. Cómo así ?

LUIS. Hay un hombre que abusando, puede que del cariño de una mujer casada, trata con arte y

maña de arrancarla favores que sólo corresponden á su marido.

PABLO. (*Con ira*). Ese hombre es un seductor infame !

LUCAS. Y qué calificativo merece, si estando comprometido, no se pára ante el doble crimen de llevar la desgracia á su propio hogar, sino también la deshonra al ajeno ?

PABLO. No hay palabra en la lengua que dé idea de semejante conducta.

LUIS. (*A Pablo*). Y qué decís si el seductor brinda su amistad al marido de la mujer á quien pretende ?

PABLO. En este caso !...... Pero cómo es que el cielo permite tales abominables procederes ?

LUCAS. (*Aparte*). Es el cinismo personificado !

PABLO. Y quiénes son los actores de tan interesante escena ?

LUIS. (*Con burla*). Un hombre y una mujer.

PABLO. Ya lo veo. Pues no podían ser dos hombres entre sí, ni dos mujeres tampoco.

LUCAS. Sin duda.

PABLO. El seductor, un gran criminal ! La mujer que se deja seducir, una gran culpable ! Apenas es creíble que haya gentes, que olvidando sus promesas y juramentos, pretendan satisfacer una pasión á tan caro precio !

LUIS. Sí. Apenas es creíble !

LUCAS. Luis, es tiempo de ir á ver cómo se cubren los cinco mil pesos.

LUIS. Corriente, que apenas tenemos tres horas de plazo. (*Vánse*).

ESCENA IX.

PABLO.

Qué cinco mil pesos tendrán que pagar estos santos varones ?...... A que al fin mete el Diablo la mano en mis asuntos, y me echa á pique el drama, cuyas peripecias van cada vez más interesantes ?...... Es también para infundir sospechas, eso de hablarme de mis negocios comerciales, y de tentativas de seducción de un hombre casado hacia una mujer comprometida ! (*Pausa*). Vaya !...... Casualidad y pura casualidad !...... A todo trance preciso es tener contenta á Laura, que es en definitiva el protagonista de la escena, pues mientras ella esté de mi parte, nadie me quitará el papel de rey del enredo. (*Va á salir y se encuentra con Laura*).

ESCENA X.

LAURA Y PABLO.

PABLO. (*Tratando de abrazarla*). Adorada esposa.

LAURA. (*Retirándolo y viniendo al fondo*). Excusa caricias inútiles, que están por demás en nuestro matrimonio.

PABLO. (*Fingiendo sorpresa*). Cómo, ya no me amas ?

LAURA. Por qué no? Eres mi marido y estoy obligada á quererte. Sólo que mi cariño no es ya, como hasta hace poco, ciego y arrebatado, sino tranquilo y reflexivo.

PABLO. Es decir que mientras el amor sube en mí......!

LAURA. (*Con tristeza*). Sube?

PABLO. Qué desengaños nos da el mundo!

LAURA. Muy crueles!

PABLO. Como va nuestro hijo?

LAURA. Merced á tus cuidados......

PABLO. Acaso los malditos negocios no me quitan casi todo el tiempo?

LAURA. Y para qué trabajas tanto?...... Yo no necesito de más recursos que los que me suministran mi padre y mi tío.

PABLO. Te traigo este obsequio. (*La da el estuche*).

LAURA. (*Poniéndolo sobre una mesa*). Gracias.

PABLO. No quieres saber lo que encierra ese estuche?

LAURA. Lo doy por visto.

PABLO. Es un solitario primoroso.

LAURA. No me llaman la atención las joyas. Nací rica y he estado acostumbrada á tenerlas.

PABLO. Laura, esa indiferencia para con el más amante de los esposos......!

LAURA. Cada cual tiene á su conciencia por apreciadora de su conducta, y á Dios por Juez supremo de sus actos y pensamientos; interroga á la una, poniendo al otro por testigo, y después díme.....

PABLO, Qué, Laura ?

LAURA. Si has sido leal á las promesas que me hiciste antes de nuestro matrimonio, y á tus juramentos al pie del altar.

PABLO. Te amo. Te amo entrañablemente.

LAURA. Me amas ?

PABLO. Lo juro por nuestro hijo.

LAURA. No tomes por amor lo que no es otra cosa que el impulso de los instintos.

PABLO. Es decir que dudas de mi cariño ?

LAURA. No eres capaz de tenerlo: ni por la esposa, ni por la madre, ni por el hijo.

PABLO. Me vuelves loco !

LAURA. Siempre lo has sido, y precisamente el no haberte podido comprender antes de entregarte mi porvenir, constituye mi desgracia y mi falta.

PABLO. Y por qué me crees incapaz de amar ?

LAURA. Porque hay almas así de excepcionales. Corazones murados, hechos de hielo ; incapaces de remontarse á la esfera de los nobles, puros y generosos sentimientos !

PABLO. Padeces alguna enfermedad mental, pues de otro modo, imposible que pudieras dudar de la lealtad de mi afecto.

LAURA. Escúchame con paciencia. No amas á la esposa, porque has gozado bastante de su amor y de su inocencia, y ninguna novedad tiene ya que ofrecerte. No amas á la madre, porque no queriendo

á la esposa, cómo se concibe el afecto por quien no puede dar placer alguno, y exige ciertos respetos concernientes á su posición ? Y no amas al hijo, de lo que has dado pruebas inequívocas, porque cómo sentir cariño por un sér que tan sólo reclama desvelos y sufrimientos ?

PABLO. Esas ideas me dan á comprender que ya no me quieres como en otro tiempo, ó no me estimas nada.

LAURA. Que no te estimo ?

PABLO. Cómo poder amar á quien creemos que no nos ama ?

LAURA. Hombre superficial, jamás te has penetrado del valor moral de una mujer de mi educación y de mi carácter. Me casé contigo por amor y nada más que por esto, pues que además de que carecías de posición y de fortuna, no era nuestra unión del agrado de nadie. Fuí feliz en los primeros meses de nuestro matrimonio, porque al menos me supiste fingir transportes de ardiente cariño, que tanto complacen á toda mujer amante, y nunca olvidaré este corto tiempo de ventura, cuyo recuerdo me hará fuerte contra los venideros desdenes.

PABLO. Yo desdeñarte ?...... Imposible.

LAURA. Me hiciste madre, y jamás dejaré de querer al padre de mi hijo, cualquiera que sea su conducta ; la cual, si bien me da el derecho de compa-

decerle, no podrá extinguir en mi corazón la llama de la pasión sentida, porque en la vida no se ama más que una sola vez.

PABLO. Creo que estás celosa, Laura. Solamente cuando una mujer siente celos, tiene tan amargas reconvenciones para su marido.

LAURA. Pablo, ya que te perdono, exijo al menos que tengas el pudor de la culpa.

PABLO. Me haces perder la paciencia con semejantes ofensas tan inclementes!

LAURA. Que lo que te estoy diciendo es efecto de los celos?...... Motivos tengo para sentirlos, pero debes tener entendido que por grande que sea mi cariño, jamás te celaré; porque eres indigno de que yo ponga en juego este nuevo sufrimiento, al que no se da expansión en las mujeres de mi clase, sino cuando dan con hombres capaces de comprender lo que pasión tan terrible significa.

PABLO. Con que tienes motivos para estar celosa? Já, já!...... Esto es sobrado curioso!

LAURA. (*Con seriedad*). Pretendes hacerme creer que eres un esposo fiel?...... Mírame frente á frente.

PABLO. (*Mirándola*). Y qué?

LAURA. Te atreverías á negar lo que yo misma quisiera ocultarme?

PABLO. Qué? habla.

LAURA. Poderosos esfuerzos haces por arrebatarle el ho-

nor á una mujer á quien burlaste en otro tiempo; tratando así de sepultar en la desesperación á un hombre á quien das el título de amigo!...... Vé qué noble corazón tienes!

PABLO. Se me calumnia!

LAURA. Para coronar empresas de esta clase, era que querías mi fortuna. Ya que dispones de ella como te da la gana, gózala en otros placeres menos viles y criminales! No dejes á tu hijo la vergüenza de haber tenido un padre seductor, tanto más digno de oprobio, cuanto que elegía por víctimas de sus pasiones á las esposas de sus amigos!

PABLO. Si yo supiera quién me ha levantado tan horrible testimonio......!

LAURA. Qué harías?

PABLO. Le mataría. Sí, le mataría!

LAURA. Mata á María, que es quien ha venido á decirme con lágrimas en los ojos: "Laura, tu marido me asedia por todas partes, y hace demostraciones de un amor insensato. Podía informar á Roque de las pretensiones de Pablo, pero he temido cometer una imprudencia que dé lugar á un conflicto, y en atención á esto, quioro deber á tu cariño el servicio de hacer desistir á tu esposo de una pretensión infame, que puede hacerme aparecer culpable á los ojos de la sociedad."

PABLO. Ah, si antes de nuestro matrimonio no hubieras

tenido conocimiento de las relaciones que existieron entre María y yo, difícil fuera llevar á tu ánimo la conciencia de que es la venganza el rayo con que se me trata de herir!...... Sí, María como toda mujer que ha sido burlada en sus esperanzas, trata de vengarse de un modo violento!...... No creas, adorada esposa mía, no creas nada!...... La infidelidad de mi parte? Imposible, siendo tú tan buena y consecuente. (*Arrodillándose*). Te amo, Laura.

ESCENA XI.

LAURA, PABLO Y ADELA.

ADELA. (*Aparte*). Arrodillado! Alguna nueva *pilatuna* habrá cometido.

PABLO. (*En pie y aparte*). No lo he hecho mal de galancete!

LAURA. (*Serenándose*). Me pedía el perdón de sus faltas.

ADELA. Para seguir pecando una vez absuelto.

PABLO. (*Aparte*). Entra en escena Satanás. Cierto es que suegra y yerno no pueden vivir en paz sino difuntos. (*A Adela*). Adorada mamá.

ADELA. Travieso é incorregible hijo.

PABLO. Siempre satírica.

ADELA. Y vos eternamente informal.

LAURA. Madre, la poca experiencia proveniente de la juventud......

ADELA. Puede hacer al hombre un poco destornillado; pero jamás un tunante de oficio, para lo cual se necesitan inclinaciones especiales.

PABLO. Suegra mía...... !

ADELA. Ojalá lo fuera de otro hombre, de mejores condiciones y carácter!

LAURA. Madre...... !

PABLO. (*A Adela*). Estáis hoy muy amable.

ADELA. Pésame no haberlo sido así siempre.

PABLO. Afortunadamente una suegra......

ADELA. Una suegra, qué?

PABLO. Es una suegra.

ADELA. A quien tiene que importarle más la felicidad de sus propios hijos, que la de los adoptivos.

PABLO. (*Aparte*). Qué tempestad la que se me viene encima!

ADELA. Bien, muy bien estamos!

PABLO. (*Aparte*). Como dice Hamlet: "todos los hombres tienen su día clásico," y el mío se acerca!

ADELA. (*Aparte*). Qué pecado estaremos expiando!

LAURA. Madre, la resignación es la más sublime de las virtudes.

ADELA. Hija, evidente es que uno de los milagros del amor, es el de hacernos hallar placer en el sufrimiento!

ESCENA XII.

LAURA, PABLO, ADELA, LUCAS, LUIS Y ROQUE.

PABLO. (*Aparte*). Queda completo el personal del drama! Animo y serenidad, alma mía!

LUCAS. No es poca casualidad la de encontrar reunidas á tantas personas interesantes.

LUIS. A todo el personal, diría yo, de una célebre comedia sin público, en la que juegan tan caracteristicos actores.

PABLO. (*Aparte*). Empieza la representación!

LUCAS. Acercáos todos. (*Todos se colocan á un lado y otro de Lucas*). Supuesto que yo soy quien hace los gastos de escena y de tramoya, justo es que se me dé el derecho de repartir los papeles y de dar principio á la función.

ROQUE. Es lo justo.

ADELA. (*Aparte*). Nada comprendo!

LAURA. (*Aparte*). Qué significa todo esto?

LUCAS. Yo hago en la representación de Rey Lear.

PABLO. (*Aparte*). Rayos y truenos!!

LUCAS. Tú qué papel quieres desempeñar, hermano?

LUIS. El de consejero: serio é inconmovible como las pitonisas de Apolo.

PABLO. (*Aparte*). Maldito Roque!

LUCAS. Tú, Adela, debes hacer de Satanás.

PABLO. (*Aparte*). No hay duda: Roque me ha vendido!

LUCAS. (*A Laura*). Vos, "ángel bendito de Dios," más

amante que la doña Sol de Hernani, y más infortunada que la Virgilia de Coriolano, tenéis el campo libre para derramar lágrimas, reír ó rabiar, humillaros ó poneros en brazos de la dignidad, tomar resoluciones definitivas ó sumiros cada vez más en la incertidumbre.

LAURA. (*Aparte*). Dios mío!

LUCAS. Tú, Roque, en qué quieres trabajar?

ROQUE. Yo?...... Oh, rabia!

LUCAS. Paciencia, amigo. No empieces por donde se debe concluír.

PABLO. (*Aparte*). Está bien!

LUIS. Roque hará de esposo ofendido.

ADELA. Jesús!

LUCAS. Por lo que hace á vos, yerno mío, tenéis dos papeles á cual más importantes: el de galancete y el de Tartufo.

PABLO. Decid mejor, el de víctima. Pero qué quiere decir todo esto?

LUCAS. Vais á saberlo en el acto. Empieza, pues, la función. (*A Laura señalando á Pablo*). Todavía amáis á este hombre?

LAURA. No he de amarlo? Acaso no es mi marido ante Dios y los hombres, y el padre de mi hijo?

PABLO. (*Aparte*). Bien.

ROQUE. (*A Laura*). El marido es infiel.

PABLO. Infiel?...... Vaya un cargo!

ADELA. (*A Laura*). El padre es indolente.

PABLO. Indolente ?...... Vaya una sátira!

ROQUE. El amigo es traidor.

PABLO. Traidor ?...... Vaya un tonto!

LUCAS. Y el yerno un botarate sin juicio, ni probidad.

PABLO. Divinamente, apreciabilísimo señor don Lucas.

ADELA. Sublime esposo, digno padre, magnífico amigo y admirable yerno!

PABLO. (*Aparte*). Qué víbora es esta mi suegra!

LUCAS. Como no hay espectadores que censuren ni rían, cada cual puede hacer su papel como le plazca.

LUIS. Laura, el hombre á quien en mala hora elegísteis por compañero de vuestra vida, observa una conducta reprensible é indisculpable, y no es, por tanto, acreedor á vuestro cariño.

LAURA. Qué decís, tío?

PABLO. (*A Laura*). Te da un consejo de solterón, esposa mía.

ROQUE. (*A Laura*). Señora, vuestro marido ha tratado de seducir á una mujer casada; y haciendo recaer sospechas sobre ella, ha llenado á su marido de dolor y de vergüenza.

PABLO. Qué esposo tan sandio y sensible!

ROQUE. (*A Pablo*). Miserable!

PABLO. Declaro solemnemente en presencia de la honorable concurrencia que me escucha, que todos los cargos que se me hacen son falsos.

ROQUE. Falsos?

PABLO. *Item más*. Declaro que amo á mi Laura con ido-

latría, y que siempre la amaré lo mismo, como debe amarse á la mujer virtuosa.

LUIS. Amar vos á la mujer virtuosa, criatura formada con hojas de rosa, perfume de flores y gotas de rocío, cuya sonrisa es al corazón del hombre de elevados sentimientos, lo que los rayos del sol son á la naturaleza ?...... Ah, vuestra ruín alma no alcanza para tanto!

ROQUE. Amar tú, que tienes un exceso de sensualismo que sorprende; un refinamiento de voluptuosidad que da horror?

ADELA. Amar vos, á quien nada importan los desvelos y lágrimas de la esposa?

LUCAS. Amar vos, que no sabéis estimar el deber; que pisoteáis descaradamente vuestra propia dignidad, y que, por consiguiente, no os queréis ni á vos mismo?

PABLO. Qué decís?

LUCAS. Digo que sois un caballero de industria; un hombre sin probidad. Queréis pruebas?

PABLO. No las hallaréis.

LUCAS. (*Enseñándole un documento*). Conocéis esta firma?

PABLO. (*Después de haberlo visto*). Es la mía.

LUCAS. (*Cogiendo el documento*). En este documento adquirísteis la obligación de pagar una suma de pesos, que dejásteis en descubierto.

PABLO. Aun no se había cumplido un plazo convencional.

LUCAS. (*Con desprecio*). Quita, perro. Próximo á una quiebra, tan sólo por amor á mi hija, os he salvado de semejante ignominia.

PABLO. Os pagaré en el acto.

LAURA. Padre mío!

LUCAS. Laura, elegid entre vuestro padre y vuestro marido.

LUIS. Débil seríais, sobrina, si no supiérais domar una pasión que acabará de consumar vuestra desgracia.

ADELA. El amor de vuestro padre es desinteresado, sincero y eterno.

ROQUE. El padre ha sido primero en el orden de los afectos, y debe tener la preferencia.

LUCAS. Concluyamos: necesario es, hija mia, que os separéis del hombre que os ha engañado y engaña tan cruelmente.

PABLO. (*Con seriedad*). Basta.

LAURA. (*A Pablo*). Qué vas á decir?...... Compasión, que me vuelvo loca!

PABLO. Preciso es poner puuto á este drama, que me tiene un poco fatigado.

LUCAS. Muerto de vergüenza debiérais estar.

PABLO. La gloria de una mujer casada consiste en la estimación que haga de su marido. Me pertene-

ces, Laura, por la religión, por la libertad, por la ley y por la conciencia.

LUIS. (*Mirando á Pablo*). Sí, la víctima está en vuestras manos, y la tenéis cogida con una tenaza de hierro, cebaos en ella hasta quedar satisfecho.

PABLO. Me seguirás, adorada esposa, por la razón, por el amor ó por la ley. Mañana habremos variado de escenario.

LUCAS. Oh ! !

LAURA. Cielo santo !

ADELA. (*A Pablo*). Os atreveréis ?

PABLO. Ahora, (*Despidiéndose*) hasta otra vista, querida suegra, y hasta más ver, señores. Queda de vuestra parte el final del drama que hemos estado representando ; cuidad de que él remate en risas en vez de lágrimas. (*Vase*).

LAURA. (*Siguiéndolo*). Pablo ! Pablo !

LUIS. Hermano, después de estas escenas, que son bastante frecuentes en la familia, creo que no me volverás á aconsejar que me case. Decididamente permaneceré siempre en *Sede vacante*.

(*Cae el telón*).

ACTO CUARTO.

El mismo escenario quo para el anterior.

ESCENA I.

LUIS Y ROQUE.

LUIS. Te equivocas. El matrimonio es tan viejo como el hombre; viene del paraíso, desde que la serpiente entró en escena. Escucha si nó el texto del Génesis: "Esto, hueso de tus huesos y carne de tus carnes, será llamada Varona, porque de varón fué tomada; por lo cual dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne."

ROQUE. Explícame esto.

LUIS. Claro es como la luz del sol: quiere decir que desde el momento mismo en que dos personas se casan, cada cual, por pesada que sea la cruz que le toque, tiene que andar con ella á cuestas hasta la resurrección de los muertos.

ROQUE. Qué absurdo!

LUIS. Absurdo ó nó, así lo dispuso Dios y así lo han querido los hombres. Con que, pelillos al aire; al olvido necias susceptibilidades, y conformarse con lo que Dios y los hombres mandan.

ROQUE. Sea lo que fuere, no acepto semejante despotismo.

LUIS. Y qué haces para recobrar tu libertad, contra expresos mandatos religiosos y civiles ?

ROQUE. Me separaré por encima de toda consideración.

LUIS. Eso no es posible en un hombre de juicio ; pero si lo haces quedas en la peor condición que imaginarse puede ; y das, por otra parte, motivo para que te retraten en las cajetillas de cigarrillos con esta inscripción : "*Roque Reyes*, naturalista."

ROQUE. Por qué ?

LUIS. Porque alientas al público para que crea lo que no quieres que crea.

ROQUE. Se me figura que estoy pasando por un imbécil.

LUIS. Y eso ?

ROQUE. Muchos juzgarán que mi mujer ha faltado á la fidelidad que me debe, y que yo soy un estúpido, cuando continúo haciendo vida común con ella.

LUIS. Tú crees en la honradez de María ?

ROQUE. Al decir verdad......

LUIS. Has notado actos en su conducta que comprometan su dignidad de esposa ?

ROQUE. Es preciso que nadie sospeche de la mujer de César.

LUIS. Y qué hay si se sospecha ?

ROQUE. Si se llega á desconfiar......

LUIS. Se la declara culpable por su marido, y se la arroja á la calle?

ROQUE. Si la llaga que hace la calumnia desaparece, la cicatriz queda.

LUIS. Tan irreflexivo eres que das la importancia que la verdad se merece, al falso cuanto infame testimonio? Desengáñate, nada hay suficiente á oscurecer la virtud, pues por más que se la calumnie, ella resplandece por encima de todo.

ROQUE. Es lo cierto que hace días me pesa la existencia, como el mundo que Hércules llevaba sobre su cabeza.

LUIS. Eso quiere decir tan sólo que en tí se han marchitado ya las perfumadas rosas del himeneo, y que te empiezan á punzar sus espinas.

ROQUE. Lo que más desazonado me tiene, y más sospechas me infunde, es que María ha variado de conducta para conmigo. Era humilde, y hoy se manifiesta más impetuosa que una tempestad del Adriático; era cariñosa, y la encuentro fría como una brisa de invierno.

LUIS. En cuanto á su frialdad, no pudiendo inspirar un viejo á una joven arranques de vivo amor, sé filósofo y conténtate con que se te quiera como una niña de quince años estima á su abuelito!...

ROQUE. (*Serio*). No estoy para chanzas.

LUIS. Y respecto de la impetuosidad, por qué exiges de tu mujer que sea humilde, desde luégo que la

cometes la enorme falta de sospechar de su conducta?...... Roque, el orgullo de la mujer educada no se ofende impunemente.

ROQUE. Ni el del marido amante tampoco.

LUIS. Con que al fin se te ha metido el amor entre ceja y ceja? Hombre, un viejo arrebatado, haciendo de Otelo ó de Romeo, es cosa de alquilar balcones!

ROQUE. Mira que me ofendes.

LUIS. El pentagrama del amor no se recorre con brío y fuerza sino hasta la edad de cuarenta años; de ahí para arriba, todo el que pretenda dar el *Do de pecho*, corre el peligro de morir reventando.

ROQUE. Eres pesado como el plomo.

LUIS. Amigo, el esposo que cela aborrece mucho más á su rival, que estima á su mujer. Arroja de tu corazón infundadas sospechas, y ten siempre presente que "Dios te dió esposa y no esclava."

ROQUE. Si pudiera acallar pensamientos que me agitan y sentimientos que me devoran ......!

LUIS. Persistes en dar oidos á la calumnia?...... Quieres que descorra ante tus ojos el velo de la realidad?

ROQUE. Haz lo que te plazca.

LUIS. Insisto en lo que en otras ocasiones te he dicho: tú no te casaste enamorado; te casaste por dejar la vida de soltero que, á la verdad, tiene noches

de horrible aislamiento y días de no menos terrible ansiedad. Avido de la posesión de una mujer joven, pura y bella, la diste tu mano pensando en realizar una codiciosa esperanza, al través de lo cual se ha levantado en tu alma el fantasma aterrador del hastío !

ROQUE. Veo que no me has comprendido.

LUIS. Preciso es que tenga mucho de malo y de vulgar el corazón humano, para que haya quien pueda proceder de semejante modo.

ROQUE. Sinceramente crees que no amo á María?

LUIS. Si la amaras, no darías oídos á la calumnia que trata de humillarla. Si la amaras, postrado estarías á sus plantas haciéndola un poco más soportable la vida. Si la amaras, tratarías de hacerte estimar de ella, en vez de indiferente ó aborrecible. Hay resortes indispensables para conservar la paz, el orden y la felicidad del matrimonio, y entre ellos están : la prudencia, que no tienes; la circunspección, de que haces poco caso; la fortaleza, que enseña á perseverar en el deber contraído; y la mansedumbre, que contribuye á soportar ciertos sufrimientos que son inherentes al hogar.

ROQUE. He de quererte mucho para soportar tan ofensivos discursos !

LUIS. Comprendo que la verdad ofende, pero ella debe decírsela toda entera á los amigos.

ESCENA II.

LUIS, ROQUE Y ADELA.

ADELA. (*A Luis*). Siéntome consumir como una luz que se va extinguiendo.

LUIS. Estáis enferma ?

ADELA. Del alma.

ROQUE. Del alma, señora ? Podemos hacer compañía.

ADELA. Imposible me es soportar por más tiempo la ausencia de Laura.

LUIS. Y cómo evitarlo ? Ella sigue á su esposo y nadie puede arrancársela. (*A Roque*). Vé, Roque, qué contrastes los del matrimonio ! Tú, fuerte y hábil, te cansas con una cruz de esparto; Laura, débil é inocente, lleva con brío y resignación una cruz de bronce ! Coma ella adora, le es poco el peso del mundo que Hércules sostenía ; como tú no amas, te agobia una azucena.

ROQUE. Reconvenciones y más reconvenciones! (*Dándole la mano*). Adiós.

LUIS. Adiós. Vé á perdir perdón á María ; y cuida de no dar motivo al público para que te coloque en el zodíaco del matrimonio, en Aries, Capricornio ó Toro.

ROQUE. Señora Adela, siento vuestras tristezas.

ADELA. Y yo las vuestras, don Roque.

ESCENA III.

ADELA Y LUIS.

LUIS. Con que muy abatida por la separación de Laura?

ADELA. Figuraos cuál será mi desconsuelo. La casa me parece desierta. Separarse; irse con semejante abominable tronera!......

LUIS. "Hay hombres para quienes la mujer no está dentro de la concepción divina," es puramente animal; la mona del país de Nod.

ADELA. Si es verdad que el casamiento es una institución tan necesaria como justa,por la misma razón el dominio del hombre sobre la mujer no puede extenderse hasta la completa extinción del derecho de ésta.

LUIS. Y cuáles son las ventajas que tiene la esposa mártir? La ley civil que se ha apropiado el derecho de ligar, ha prohibido el de desligar; y en cuanto á la Iglesia, no puede admitir la disolubilidad del matrimonio, salvo el caso de adulterio previsto por la ley de Moisés, y amparado explícitamente por Jesucristo.

ADELA. Es decir que á una mujer mal casada no le queda otro recurso que conformarse con su suerte, callar, sufrir y llorar en silencio?

LUIS. Tal me parece, y es por esto por lo que yo creo, que los padres que entregan sus hijas al primero que las solicita, más que descorazonados, son

infames; y que las mujeres que se casan por novedad, ó dejándose arrastrar por algún calavera, merecen su destino.

ESCENA IV.

LUIS, ADELA Y LUCAS.

LUCAS. Estoy resuelto, Luis, y nadie me hará desistir.

LUIS. Resuelto á qué?

LUCAS. A pedir el divorcio entre Pablo y Laura.

LUIS. "Nuestro buen padre al morir."......

LUCAS. Es desesperante la situación!

LUIS. "Te ordenó que no hicieras nada de trascendencia, sin consultarlo conmigo."

ADELA. (*A Lucas*). El divorcio?...... Apruebo.

LUIS. Con que vas á promover tú, tú, tú Lucas, un juicio de divorcio?

LUCAS. Sí.

LUIS. Y en dónde están los poderes que para ello tienes?

LUCAS. Los poderes......

ADELA. Los poderes se consiguen.

LUIS. En algún almacén de modas, cuñada?

LUCAS. Laura consentirá.

LUIS. No consentirá en nada tendente á alejarla de Pablo. Las mujeres suelen divinizar á los tunantes, concediéndoles cualidades tan extraordina-

rias, como las que atribuían los egipcios á ciertas bestias salvajes.

LUCAS. Supón que se preste.

LUIS. A nada conduciría su consentimiento. Si el divorcio fuera como entre los antiguos romanos, la separación absoluta del marido y la mujer, de manera que cada cual pudiera disponer libremente de su persona, convenido; pero qué importa la separación de bienes y de habitación, que es lo que la ley permite?

LUCAS. De manera que el divorcio?......

LUIS. "Es apenas una transición contra los malos matrimonios; no una solución."

LUCAS. Estoy por la separación de bienes.

ADELA. Y yo por la de habitación.

LUIS. La separación de bienes, hermano? Aprieta cual si fueras avaro las mallas de tu bolsa, y queda hecha la separación de bienes.

LUCAS. Y cuando muera?

LUIS. Lo que no entristecerá mucho á tu yerno, porque rara vez un yerno se entristece por la muerte del suegro á quien ha de heredar.......

LUCAS. Maldita riqueza!

LUIS. Pues cuando dejes esta vida, Pablo se pondrá inmediatamente una gasa en el sombrero, á fin de anunciar á sus clientes que ha variado de fortuna, y estará solícito á activar tu testamentaria, para ver de que se le entregue cuanto an-

tes el haber de Laura, el cual le servirá para continuar su regalada vida de casado ó soltero.

LUCAS. Me herederarán primero los diablos!

LUIS. Entre los cuales Pablo está en primer lugar.

ADELA. (*A Luís*). Pues si los bienes no han de salvarse, pongamos al menos los medios para que Laura se separe de su verdugo.

LUIS. Querida cuñada, la mujer virtuosa que ha sido madre, lleva el instinto de su esposo en las entrañas; la fé de su amor en el corazón; y el ideal del padre de sus hijos en el espíritu, y no se resuelve á dejar de dar vueltas al rededor del hombre que ha constituido las más caras y vivas afecciones de su vida.

LUCAS. He de hablar á Laura. Voy á su casa! (*Vase*).

ADELA. Cuidado con una imprudencia.

LUIS. (*Aparte*). Vaya, con el paraíso del matrimonio!!

ESCENA V.

ADELA, LUIS Y ROQUE.

ROQUE. No hay remedio, amigo Luis, me separo.

ADELA. De quién?

ROQUE. De quién ha de ser?

LUIS. Por qué semejante peregrina ocurrencia?

ROQUE. La mujer empezó á ser desde el paraíso la ventura del hombre y su desdicha, su gloria y su

infierno, su vida y su muerte. Si Dios la hizo el instrumento de nuestro entusiasmo y alegrías, Satanás ha apelado á ella para sus obras de iniquidad!

ADELA. (*Aparte*). Tonto! Olvida que la 'mujer es la misericordia del hombre!

LUIS. (*A Roque*). No comprendo á qué viene todo lo que dices.

ROQUE. Si no fuera cristiano me suicidaría!

LUIS. Tan desesperado así estás?

ROQUE. María ya no me ama.

ADELA. No creo que haya mujeres que no amen á sus maridos.

ROQUE. Que las hay, las hay; la mía es una de ellas.

LUIS. Tienes pruebas fehacientes de lo que dices?

ROQUE. La he ido á pedir perdón, y me ha tratado con desprecio. Oh, esto es insufrible? La mujer irascible disuelve la familia y rompe todos los vínculos de la naturaleza!...... Quiero ser libre, y lo seré!

LUIS. Hombre, Roque, tú sabes mejor que yo que el matrimonio es una compañía de por vida, pues si fuera apenas un contrato aleatorio y los elementos de este contrato consistieran tan sólo en los cuerpos y los intereses, á cada paso, á medida que tales elementos se alteraran, debieran tambiéu alterarse las obligaciones del pacto matri-

monial, hasta llegar á su total extinción con la libertad de los esposos.

ROQUE. Así debiera ser.

LUIS. Para todos aquellos que consideran á la mujer como un mueble de utilidad y de recreo, al que por economía ú otra razón cualquiera debe abandonarse cuando desagrada ó se inutiliza.

ROQUE. Yo tengo á mi consorte en lo que vale.

LUIS. No das de ello testimonio, desde el momento en que estás tan desesperado, que no te ahorcas por la sola circunstancia de ser cristiano ; lo que me da á entender que tu fé religiosa es como la de tantos, un medio para exigir de los demás la bondad y la virtud, sin cuidarse ellos mismos de los deberes que la moral les impone.

ROQUE. Sea lo que fuere, repudiaré á María ; pues que no sólo debe merecer la estimación de su marido una mujer virtuosa, sino que debe obtenerla con su conducta.

ADELA. Con que te separas de María ? Qué barbaridad !

ROQUE. Veremos quién pierde.

LUIS. Perderá ella más que tú, lo cual es una injusticia ; porque injusticia es despreciar y vilipendiar á una mujer, por la sola razón de que su marido la repudia. Coronas de honor exigiría yo para la esposa que siendo fiel, se la convierte por su ingrato compañero en mártir !

ROQUE. Jamás te había oído lenguaje tan compasivo,

LUIS. Una de las más imperiosas necesidades de la civilización moderna, el *sancta-sanctorum* de la filosofía y de la cristiana caridad, es poner á salvo el derecho de la mujer contra la falacia y traición del hombre.

ROQUE. Aun cuando aquélla sea desleal ?

LUIS. No estoy por las mujeres que faltan á su deber, pero tampoco por los hombres que seducen y engañan.

ROQUE. Hay acontecimientos en la vida íntima, que no pueden ser justamente apreciados sino por las personas que en ellos toman parte.

LUIS. Cansado estoy de decirte mis opiniones, y voy á darte por última vez un consejo. Emplea toda tu habilidad inteligente para ver de conservar el cariño, poco ó mucho, que te tenga tu esposa. Ella es buena, y tú ultrajándola la vas á convertir en artista; porque es rara la mujer que viéndose de continuo ultrajada por su marido, se resuelve á ser mártir, sin representar y hacer representar á su esposo un drama más ó menos desconsolador, que sirva al público de curioso espectáculo !

ROQUE. Tal cosa no me pasará. Si se ha dado al matrimonio un carácter eterno, todo marido que se crea mal mirado, ó ultrajado por su esposa, tiene razón ante Dios y la sociedad......

LUIS. Para qué ?

ROQUE. Para proclamarse libre personalmente.

LUIS. Y la ley?

ROQUE. El que se proclama por sí y ante sí desligado, evade la ley.

LUIS. Y la autoridad?

ROQUE. La autoridad pone oído sordo.

LUIS. Bien decía yo: "El matrimonio es entre todas las instituciones humanas, la que ha progresado menos, la que ha sido mirada con más descuido por los gobiernos!"

ADELA. (*Yéndose*). Los hombres son todos un horror!

ESCENA VI.

ROQUE Y LUIS.

ROQUE. Voy á notificar á María mi separación.

LUIS. Muy bien. Vas á decir á la calumnia que tenía razón, y á convertirte en el sepulturero de la honra de tu cara mitad.

ROQUE. No puedo vivir con quien no me ama.

LUIS. Entonces para qué te casaste?

ROQUE. Una pasión......

LUIS. Ya satisfecha, dió al traste en tí con el deber. Si no te quiere María, conténtate con que te tolere y respete.

ROQUE. Tan sólo con esto?

LUIS. Es á lo que tienes derecho. Habiéndote unido á una muchacha de quien puedes ser abuelo, y no teniendo dinero para satisfacerla sus caprichos,

apenas puedes exigir de ella los favores de la esposa mártir, la lealtad de la mujer virtuosa, y el cariño de la amistad.

ROQUE. Oh, mi felicidad perdida !

LUIS. Roque, la felicidad de la vida humana es un estado negativo. El más feliz es el que sufre menos penas, y el más miserable el que goza menos placeres.

ESCENA VII.

LUIS, ROQUE Y PABLO.

PABLO. (*Entrando*). Don Luis......

LUIS. (*Muy serio*). Caballero......

PABLO. (*Aparte*). Continúa el drama ! (*A Roque*). Don Roque......

ROQUE. (*Volviendo la espalda*). Desvergonzado !...

PABLO. Roque, de rabia te chispea un ojo y el otro te salta de mal humor. Espero que me escuches.

ROQUE. (*Con ira*). A tí ?

PABLO. He sido tu amigo, y deseo probarte que no he dejado de merecer tu amistad.

ROQUE. Tú mi amigo ?... Amigo quien me ha robado la ventura ?

PABLO. Atiéndeme y me comprenderás mejor.

ROQUE. No quiero oír una sola palabra de tus traidores labios. (*Acercándosele con aire amenazador*). Ira de Dios ! !

LUIS. (*Interponiéndose*). Esta casa no es campo de lides, caballeros. Respetad á sus dueños y respetadme.

PABLO. Tranquilo estoy.

ROQUE. Que calle el miserable!

LUIS. (*A Roque*). Despechado estás.

PABLO. (*A Roque*). Unas pocas palabras.

ROQUE. Crees acaso que tengo paciencia para escucharte?

LUIS. Déjale bablar, Roque.

ROQUE. (*A Luis*). Me retiro. Ese hombre que es la bajeza viviente, altera mi sangre y me remonta en coraje. (*Vase*).

LUIS. (*Llamándolo*). Roque, Roque.

ROQUE. (*Fuera*). Adiós, Luis.

ESCENA VIII.

LUIS Y PABLO.

PABLO. Qué odio tan insensato é injusto!

LUIS. Injusto?

PABLO. Injusto. (*Aparte*). Esta escena es interesante!

LUIS. Acaso no habéis tratado de seducirla su esposa?

PABLO. Qué espíritu maligno se empeña en dar á la calumnia disociadora y sombría las formas de la realidad?

LUIS. Si yo no hubiera sido testigo......

PABLO. Vos testigo?...

LUIS. De que hacíais á María promesas de amor......

PABLO. Habéis oido?...

LUIS. En una ocasión escuché que la decíais: "Oh, creedme, mi amor es grande, os lo juro."

PABLO. Recuerdo este incidente, y recuerdo también que habiendo dicho á la amiga estas palabras, casi en vuestra presencia, lanzásteis sobre ambos una mirada siniestra.

LUIS. Así fué.

PABLO. Sabéis de lo que se trataba cuando esa frase salió de mis labios?

LUIS. Sin duda que de una promesa hecha á la mujer á quien se pretende.

PABLO. No creais. Os hablaré con la verdad, como si estuviera delante de mi confesor.

LUIS. Pretendéis?......

PABLO. María creyendo á Laura engañada respecto de mi amor, me decía: "Así como no me quisísteis á mí nunca, tampoco habéis amado, ni amáis á vuestra esposa," fué entonces cuando salieron de mis labios estas palabras: "Oh, creedme, mi amor hacia ella es grande, os lo juro."

LUIS. No dijísteis "hacia ella," que si lo hubiérais dicho......

PABLO. Que no dije "hacia ella?" Lo recuerdo muy bien.

LUIS. Y qué explicación dais á la queja que María hizo á Laura, respecto de vuestras amorosas promesas?

PABLO. Sabéis lo que es la venganza en la mujer?...... Ciega como la Némesis del mito griego, todo lo

atropella cuando se promete castigar un agravio recibido. María se venga de mí, por la circunstancia de no haberla hecho mi esposa. Su primer amor no satisfecho, la ha conducido hasta poner sobre mi cabeza el odio implacable.

LUIS. (*Aparte*). Qué alma tan ruín de hombre!

PABLO. No sé qué hado fatal me persigue.

LUIS. El de los placeres de los sentidos.

PABLO. Y qué otros placeres tengo yo, fuera de aquellos que me proporciona el trabajo y las dulces fruiciones del hogar?

LUIS. Tenéis unos amores clandestinos ......

PABLO. Esa es otra historia forjada por el necio de Roque. Santo cielo, qué fatalidad es ver la calumnia por todas partes, tratando de cogernos como con una mano de esqueleto!

LUIS. Si vuestra esposa os fuera desleal, qué haríais de ella?

PABLO. A qué viene tan extraña pregunta?

LUIS. Deseo saber vuestras opiniones respecto de la mujer culpable.

PABLO. Oh! Abandonaría á la ingrata, dejándola entregada al azote cada vez más terrible del remordimiento!

LUIS. Y qué creeis que deba hacer una esposa cuando su marido la es infiel?

PABLO. El caso es distinto.

LUIS. (*Sardónicamente*). Sí, bien distinto. El hombre

tiene derecho para sentir; á la mujer la ha sido negado este derecho. Y si siente, que reserve su sufrimiento, aunque el dolor comprimido la mate instante por instante, cual si estuviera minada por una de esas enfermedades que día por día se llevan un jirón de la vida!...... Nó, la mujer que falta......

PABLO. Siendo el guardián de la dicha y el honor del hogar......

LUIS. Es...... No me atrevo á calificar su maldad!... Pero sí me atrevo á decir que el hombre que falta á su mujer, sér que siente, ama, piensa y tiene dignidad y orgullo, es un traidor á sus deberes.

PABLO. (*Con serenidad*). Soy de vuestra opinión.

LUIS. Como lo tiene que ser todo el mundo, porque la fidelidad que el matrimonio impone á los cónyuges, es el más santo de los derechos de cada uno.

ESCENA IX.

LUIS, LUCAS, PABLO Y LAURA.

LUCAS. (*A Pablo*). No extrañéis el hecho de que haya traído á Laura á mi casa.

PABLO. Placer tengo en ello. Acaso la he prohibido que os vea donde quiera? (*Aparte*). La escena se complica! Probaremos suerte!

LUCAS. Su ausencia de nuestro lado, que parece cosa

muy sencilla, no lo es tanto; al menos para Adela.

LAURA. Mi madre! Impaciente estoy por abrazarla.

LUCAS. Vé, hija mía, á buscarla.

LAURA. (*Contenta*). Voy. (*Al salir tropieza con Adela*).

ESCENA X.

LUIS, LUCAS, PABLO, LAURA Y ADELA.

ADELA. (*Abrazándola*). Laura!

LAURA. Querida madre.

ADELA. Por fin aquí?

LAURA. He venido sin el consentimiento de Pablo, confiada en su bondad y ternura.

ADELA. Pues no debes creer mucho en estas cualidades de tu marido.

PABLO. (*Aparte*). Vuelve Satanás!

ADELA. (*Friamente*). Yerno...... Yerno mío......!

PABLO. (*Friamente*). Suegra...... Suegra mía......!

ADELA. (*Aparte*). Que no venga el tifo y se lo lleve!

PABLO. (*Aparte*). Que no le diera la viruela y nos dejara en paz!

ADELA. Yerno......

PABLO. Suegra......

ADELA. Juzgamos muy oportuno y conveniente......

PABLO. Qué?

ADELA. Muy puesto en razón y muy...... (*Aparte*). Nu-

dos se me hacen en la garganta cuando tengo que hablar á este hombre!

PABLO. (*Aparte*). No se qué singular y desagradable sentimiento me inspira esta mujer!

ADELA. Con que estamos?

PABLO. (*Cariñosamente*). En qué, viejecita mía.

ADELA. Debéis separar habitación.

PABLO. Ya lo he hecho.

ADELA. No es la separación de nosotros la que deseo.

PABLO. Cuál, entonces?

ADELA. La de vos y Laura.

LAURA. Madre, qué es lo que decís?

PABLO. Mi separación de Laura?

ADELA. Es imposible la felicidad entre los dos.

LUCAS. (*En tono de reconvención á Adela*). Señora......

LAURA. Yo soy feliz con mi marido.

PABLO. Yo soy feliz con mi esposa.

ADELA. Y yo declaro que no sois felices.

LUIS. Cuñada, creo en la infalibilidad de las suegras!

LUCAS. (*A Pablo*). Me parece que el amor que tengo por mi hija, me impone el deber de velar por su suerte.

PABLO. Lógico.

LUCAS. Las personas educadas, yerno mío, discuten razonablemente, y están siempre prontas á arreglar sus diferencias, por intrincadas que sean, de una manera digna y decente.

PABLO. Y qué diferencias tenemos que arreglar los dos?

LUCAS. Pues......

PABLO. (*Aparte*). Esta es cuestión de dinero!

LUCAS. Diferencias tocantes á vuestro hogar.

PABLO. A mi matrimonio, querréis decir. Pues hé aquí cómo quedan arregladas, muy racionalmente, las supuestas diferencias de que habláis. Laura es mi mujer y yo soy su marido. Ella me ama y yo la adoro. Somos dichosos, y si bien admito que haya personas que tengan motivo para interesarse en nuestra felicidad, á nadie doy el derecho de mezclarse en nuestros asuntos domésticos.

ADELA. Os casásteis por variar de fortuna.

LUIS. *(A Adela)*, Escuchad con paciencia.

LUCAS. (*A Adela*). Señora, estoy hablando. (*A Pablo*). Quiero dar por sentado que os casárais creyendo tener una de esas pasiones ideales, que son en la juventud un arrebato de la fantasía.

PABLO. Fué el amor reflexivo el que me llevó al matrimonio.

LUCAS. Sea. Pero es que á la edad en que estábais, difícilmente se tiene conciencia para adquirir uno de esos compromisos definitivos que ligan todo el porvenir.

LUIS. Y mucho menos cuando se ha adquirido el hábito de mirar la vida tan sólo bajo el punto de vista del deleite, que no se deja abandonar, sino después de luchas no poco largas y tenaces.

LUCAS. Debiendo confesar, Pablo, que seguís trillando

el pasado de vuestra existencia de soltero, sin reparar en que el matrimonio......

ADELA. Es un templo sagrado á donde no se debe entrar sin un verdadero propósito de enmienda.

PABLO. (*A Lucas*). Cansado estoy de estas diarias conferencias, que al fin terminarán por enfadarme muy de veras.

LUCAS. (*Aparte*). Tartufo, que tolera, quiere transformarse en Bruto, que hiere.

PABLO. (*Con seriedad*). Concluyamos, suegro mío. Qué es lo que se quiere de mí?

LUCAS. (*Con paciencia*). Sois joven y debéis tener aspiraciones, como toda persona que se estima y desea algo para lo futuro. El círculo en que se ha desarrollado vuestra actividad, bastante reducido por cierto, no os ha dejado ver la vida, ni el mundo, por el lado serio, y en tal caso un viaje al extranjero......

PABLO. Con Laura?...... Me convendría.

LUCAS. Sin ella.

PABLO. Solo?...... Ni por un instante. Preferiría la muerte.

LAURA. Separarme de Pablo, padre mío? Ni por un momento. Me moriría.

LUIS. Qué tal, cuñada?

ADELA. (*Señalando á Pablo*). Laura, este hombre......

PABLO. (*Señalando á Adela*). Laura, esta señora......

LUCAS. (*Disgustado*). "Esta señora," qué?

PABLO. Es una suegra confortable !

LUIS. Paz, amigos, y que cada cual lleve su cruz.

ESCENA XI.

LUIS, LUCAS, PABLO, LAURA, ADELA Y MARÍA.

MARÍA. (*Entrando precipitadamente y arrodillándose á los piés de Laura*). Laura, mírame á tus plantas.

PABLO. (*Aparte*). Qué complicación !

LAURA. (*Levantando á María*). María ! !......

LUCAS. (*A Luis*). Con que verdaderamente esto es un drama ?

LUIS. Para nosotros, hermano. Para el público, comedia.

PABLO. (*Aparte, y retirándose sin que nadie lo note*). Drama ó comedia, que pongan los demás término á la función.

MARÍA. (*A Laura*). Es tu marido el responsable !

LAURA. Oh ! !

LUCAS. (*A María*). Con que al fin ?......

MARÍA. Ha logrado hacerme culpable á los ojos de la sociedad, y......

LAURA. Continúa.

MARÍA. Roque, dando oídos á la calumnia, me ha abandonado !

LUIS. (*Aparte*). Algún pretexto debía tomar el tonto para salir de compromisos !

ADELA. (*Viendo por todas partes*). Curioso yerno...... En dónde está?

LAURA. (*Mirando también por do quiera*). Se ha marchado!!

LUCAS. Teme el culpable que le arrojen á la cara el peso de su culpa!

LAURA. Tal vez alguna indisposición......

LUIS. Recibida, súbitamente, sobrina, en presencia de su víctima, le ha hecho subir por primera vez la vergüenza al rostro, y abandona la escena mientras le pasa el bochorno.

LUCAS. No vivirás más con ese hombre.

LAURA. No vivir más con él?... Acaso no es mi marido?

ADELA. No te ama, hija mía.

MARÍA. Te burla, Laura.

LAURA. Qué importa? Yo le perdono.

LUCAS. (*Aparte*). Santa mujer!

MARÍA. (*Aparte*). Como yo, sublime mártir!

LAURA. Pueden las conveniencias, padre mío, desligar lo que Dios y los hombres han ligado de toda eternidad?

ADELA. Oh, el matrimonio no termina sino con la muerte!

LUIS. Y yo creo, querida cuñada, que aun después de la muerte, continúa el Diablo metiendo el dedo en este enredo, que tiene el mundo lleno de víctimas, el cielo repleto de mártires, y el infierno cargado de infieles!

(*Cae el telón*).